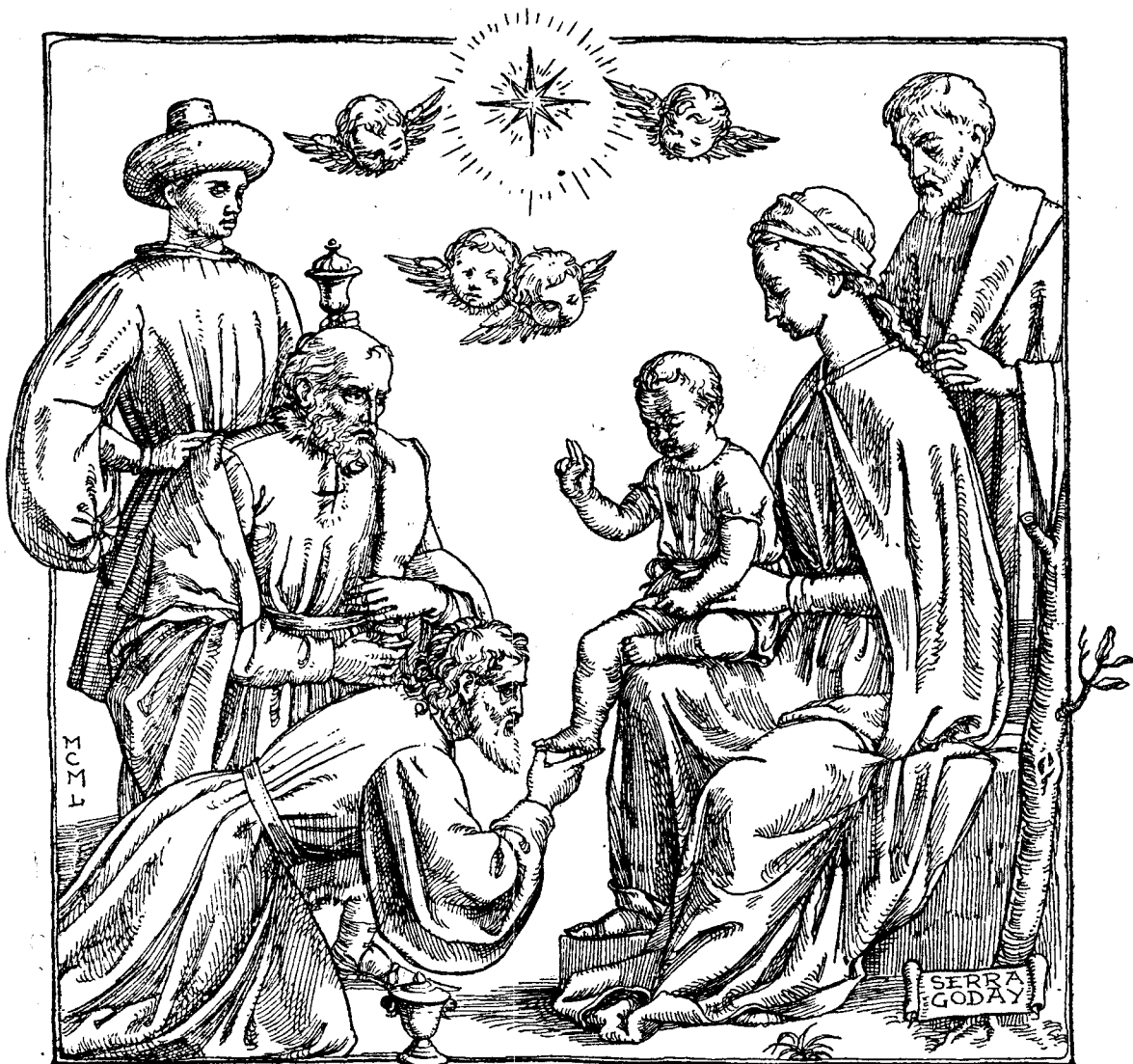


CRISTIANIDAD



ES PRECISO QUE LOS FRUTOS DEL AÑO SANTO CREZCAN Y MADUREN

EL MUNDO TIENE HAMBRE Y SED DE ELLOS

Las necesidades y preocupaciones cotidianas emplean y agotan todas las energías de tantos corazones, que no encuentran ya ni tiempo, ni oportunidad, ni gusto para dar a su alma aquel mínimo que es un deber esencial de todo cristiano.

ARRANCAR A ESTOS HIJOS DE LA IGLESIA DE ESTE ESTADO DE CÓMODO PERO PELIGROSO LETARGO ES EL DEBER URGENTE QUE AHORA SE IMPONE AL APOSTOLADO CATÓLICO

HIJO DE ANTONIO SIRERA

S. A.

LANAS Y PEINADOS



Paseo Sallarés, 67
Teléfono 2005
S A B A D E L L

Fieltros y Tejidos Industriales, S. A.

F. I. T. I. S. A.



San Pablo, 26

SABADELL

La sombra de Bela Kun

por José-Oriol Cuffi Canadell

Precedida de una Carta al autor, del Excmo. y Reverendísimo Sr. Obispo de Barcelona

2.^a edición, agosto de 1950

Precio: 10 pesetas



*Visite las Cuevas
de Artá*

Industrial Freixa, S.A.

HILADOS



Carretera Moncada, 219
TARRASA

Nuestras armas

«La oración y la penitencia son los dos poderosos espíritus que en estos tiempos nos ha mandado Dios para que retornemos a El la descarriada humanidad, errante de una parte a otra sin guía, son los espíritus que deben disipar y reparar la primera y principal causa de toda revolución y rebeldía: la rebelión del hombre contra Dios. Los mismos pueblos son los llamados a tomar en este punto una decisión definitiva, o se confían a estos bienhechores y benévolos espíritus y se convierten, humildes y penitentes, a su Dios y Padre de misericordia, o bien se abandonan a sí mismos con lo poco que todavía queda de felicidad sobre la tierra, al poder del enemigo de Dios, es decir, al espíritu de venganza y de destrucción.»

Son Palabras del Papa Pío XI en su Encíclica «Caritate Christi compulsi», publicada el 3 de mayo de 1932, catorce años después de terminada la Guerra Europea y siete años antes de la segunda Gran Guerra.

Acabamos de cruzar el medio siglo. Hemos cerrado su primera mitad con el Año Santo. El Año Santo de 1950, que ha sido, en todo momento, una invitación del Papa a la oración y a la penitencia. ¿Por qué este continuo insistir del Vicario de Cristo en la oración y la penitencia?

«Nunca, desde el fin de las hostilidades, los espíritus se han sentido tan oprimidos como hoy por la pesadilla de una nueva guerra y la ansiedad de la paz. Ellos se mueven entre dos polos opuestos. Algunos repiten el antiguo refrán, no del todo falso, pero que se presta a ser mal entendido y del cual se ha abusado con frecuencia: «Si vis pacem, para bellum.» Otros creen hallar la salvación en la fórmula «¡Paz a toda costa!» Ambas partes quieren la paz, pero ambas la ponen en peligro, los unos, porque despiertan la desconfianza, los otros porque alientan la seguridad de quien prepara la agresión...»

«El anhelo cristiano de paz viene de Dios. El es el Dios de la paz... La voluntad cristiana de la paz tiene también sus armas. Mas entre ellas, las principales son la oración y el amor...»

Así hablaba S. S. Pío XII en su mensaje de Navidad de 1948, e insistiendo en lo mismo, en la Bula de Indicción del Año Santo (26 mayo 1949) proponía como intención particular la oración y la penitencia, para que «cada uno expie sus propias culpas y se entregue con todo empeño a la reforma de sus costumbres y a la adquisición de las virtudes cristianas, a fin de que este gran Jubileo prepare el reinado de Jesucristo».

¡Ah si el mundo hiciera penitencia! Jonás cruzaba Ninive gritando: «Aún cuarenta días y luego Ninive será destruida.» Los ninivitas hicieron penitencia y la ciudad fue perdonada.

Nuestra época se ha refugiado en el concepto de seguridad. Pretendemos gozar de nuestras ventajas sin imponernos ningún sacrificio. Nosotros mismos minamos nuestras defensas. Cobardes, tímidos y tibios, hacemos continuas concesiones, argumentamos sutilezas, para encubrir nuestra falta de honradez. Sólo actitudes resueltas derrotan crisis históricas. Los mártires lograron la santidad y en su sangre se forjó el triunfo de la Iglesia. Ciertamente que, si en nuestros corazones latiera este espíritu, si supiéramos recoger el mensaje del Papa, la amenaza de los tanques tendría poca importancia.

Es estúpido confiar en la supervivencia de un cómodo «statu quo», mecernos en la ilusión de que nada va a ocurrir. ¿No hay remedio en lo humano? «Lo que es imposible a los hombres, a Dios es posible.» (Luc. 18-85).

Siguiendo indicaciones de Roma, CRISTIANDAD ha propulsado durante el año pasado la Cruzada de oración y penitencia promulgada por la Dirección General del Apostolado de la Oración. Este año, si Dios lo permite, lo comenzará con la glosa de los tres puntos que el Santo Padre ha encomendado a los dignatarios de la Iglesia, reunidos en Roma con motivo de la definición del dogma de la Asunción, como base de una reconstrucción cristiana de la sociedad.

El primero, la paz: paz en las almas y en las naciones.



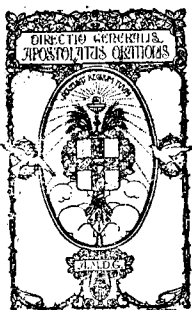
El segundo, la santidad de la familia, esta perenne célula de vitalidad cristiana a la que el liberalismo ha intentado desintegrar por todos los medios.

Y el tercero, la penitencia, para que «cada cual borre de su alma las manchas de los vicios y se haga cada vez más santo y más fuerte».

* * *

Frente a nosotros la negra noche de una humanidad ensangrentada que, una vez más, se prepara para el crimen. La voz del Papa, eterna y definitiva, lanza un nuevo y oportuno rayo de luz con la definición de la Asunción de María. Asistimos al final de una época, debemos prepararnos para la lucha. Al otro lado de la noche está la Virgen glorificada en cuerpo y alma, mandándonos su mensaje de amor y esperanza. Que su Corazón Inmaculado, al que S. S. Pío XII consagró este mundo «desgarrado por atroces discordias, abrasado en incendios, víctima de sus propias iniquidades», acelere el triunfo del Reino de Dios.

J. M.^a B.



Que todos se incorporen a la verdadera Iglesia de Cristo

(Explicación de la Intención del mes de enero de 1951)

I. Se nos propone en esta intención que oremos por todos aquellos que todavía no pertenecen a la verdadera Iglesia de Cristo. Debe inculcarse, en efecto, con fuerza, la necesidad de tales oraciones. Pues no pocos católicos de este nuestro tiempo, que se muestra condescendiente con la más plena e inmoderada libertad de opiniones, y ensalza la más amplia tolerancia, están inficionados de un cierto indiferentismo, que sostiene que basta para la salvación con vivir honradamente, que son también buenas las demás religiones, que todos pueden salvarse profesando la suya propia y que por lo mismo nadie debe ser inquietado en su profesión religiosa... Fácilmente se ve que todas estas afirmaciones son a la vez absurdas e impías en cuanto admiten la equiparación entre la verdad y los errores, entre lo salvador y lo que lleva a perderse, entre la luz y las tinieblas, la virtud y los vicios, y llegan a aborrecer por completo la doctrina de la Iglesia. Pues Pío IX condenó en la proposición 15 del Syllabus: «Todo hombre es libre de abrazar y proteger aquella religión que, guiado por la luz de su razón, juzga verdadera»; prop. 17: «A lo menos se deben concebir buenas esperanzas sobre la salvación eterna de todos los que de ningún modo se hallan en la verdadera Iglesia de Jesucristo».

II. La falsedad del indiferentismo se sigue de aquella conocida verdad de fe: *Fuera de la verdadera Iglesia no hay salvación*. Pues Dios destinó a todos los hombres libremente a la salvación sobrenatural, que consiste en participar de la misma divina beatitud, con lo cual somos hechos partícipes conscientemente de su misma vida divina en la Santísima Trinidad. Pero el medio de salvación elegido por la divina sabiduría y liberalidad no es lícito al hombre ponerlo en tela de juicio o rechazarlo. La verdad aducida «Fuera de la Iglesia no hay salvación» está promulgada en documentos auténticos, que son v. gr. la profesión de fe impuesta a los valdenses bajo Inocencio III: «creemos de corazón y confesamos con la boca una sola Iglesia, no de los Herejes, sino la santa Romana, Católica y Apostólica, fuera de la cual no creemos que nadie se salve» (Denz. 423). El cuarto Concilio Lateranense definió contra los albigenses en el año 1215: «Una sola es la Iglesia universal de los fieles, fuera de la cual nadie absolutamente se salva» (Denz. 430).

¿Pero en qué sentido no hay salvación fuera de la Iglesia?

Se puede pertenecer a la Iglesia o en acto, o sólo de deseo y por la disposición de ánimo; esto segundo sucede cuando alguien que se halla fuera de la verdadera Iglesia, que ignora, de tal suerte está dispuesto en su ánimo que tenga firme propósito de hacer aquello que Dios ha determinado para alcanzar la salvación, y por tanto también de entrar en la verdadera Iglesia en cuanto la conociere con certeza.

Así pues aquellos que en realidad están fuera de la Iglesia, mas por *deseo* miran hacia ella, pueden salvarse, y si no se salvan se condenan por los propios pecados, no retractados por la penitencia.

Mas no pueden ser salvos los que conociendo la verdadera Iglesia no quieren entrar en ella o con culpable negligencia no procuran encontrarla y mueren culpablemente separados de ella. Pío IX enseña expresamente cuanto acabamos de decir.

Sin embargo, para que nadie piense que con esta concesión se disminuye el celo de las almas, ni se infiera de ahí que sería mejor que fuesen abandonados en su buena fe, los que están fuera de la Iglesia, nótese bien;

1) Que éstos, aunque en absoluto pueden salvarse, entran muy difícilmente en la vida eterna, porque están faltos de todos aquellos medios de salvación que en sólo la verdadera Iglesia se tienen, como los sacramentos y en primer lugar el de la penitencia, etc.

2) No tan fácilmente debe suponerse la buena fe, por cuanto es inescrutable la malicia del corazón humano que resiste más de lo que se cree a las llamadas de la gracia,

3) Que la Iglesia está obligada a procurar la salvación de todos por el mandato del Señor: «Docete omnes» (Mth. 28.19), «Praedicate omni creaturae» (Marc. 16.15).

III. La Iglesia católica es como «enseña levantada ante las naciones» (Is. 11,12); se da a conocer a los no católicos como un hecho, que tiene esplendor universal, de suerte que la Iglesia es por sí misma «perpetuo motivo de credibilidad» invitando a todos a venir a ella. Queda fuera de duda que no es lícito al hombre caminar a sabiendas en las tinieblas, en el error, sino que debe inquirir con sumo cuidado por qué camino dirija Dios, que ha de ser nuestra felicidad, a todos los hombres hacia Sí. Con justeza advierte S. Agustín (De util. cred. 15,33 y 16,34): «Con toda intención y con toda y finalmente con todos los gemidos, o también, si puede hacerse, con lágrimas, ruega a Dios a fin de que te libre del mal del error».

Pero dirijamos más bien la atención hacia la grave *obligación y responsabilidad*, que nosotros mismos, a quienes ha sido otorgada la felicidad de poseer toda la verdad, tenemos para con aquellos que están fuera de la Iglesia. Todos nosotros participamos de la misión de la Iglesia hacia todas las gentes, y debemos llevar a efecto la voluntad omnisalvífica de Dios. Esta obligación se extiende proporcionalmente a todos los miembros de la Iglesia, no sólo a sus pastores. Siendo así que la cabeza Cristo hasta tal punto amó a las almas que sufrió por ellas la muerte, ¿cómo no «tendrán esa misma solicitud los miembros, el uno por el otro?» (I Cor. 12,25). Nadie, aunque sea laico, puede emplear lícitamente la palabra de Caín (Gen. 4, 9): «¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?»

LA MISIÓN GENERAL DE BARCELONA **para el próximo febrero de 1951**

ALOCUCION RADIADA DEL SR. OBISPO DE BARCELONA, a las 10 de la noche del día 23 de diciembre de 1950

Católicos barceloneses, amadísimos diocesanos:

Se nos vienen a todo correr los días de la gran Misión, que, con la ayuda de Dios, tendrá lugar en nuestra ciudad de Barcelona y en las vecinas de Badalona y Hospitalet, durante las dos primeras semanas de la próxima Cuaresma — del 11 al 25 de febrero de 1951 —. Días santos habrán de ser aquéllos, días iluminados con las luces del Evangelio, días de hondas reflexiones, días de firmes propósitos de renovación y remozamiento espiritual. Ante la inminencia de ese trascendental acontecimiento religioso, del que mucho esperamos en orden a la reforma de costumbres, con otros bienes de todo orden que de ella se derivarán, hemos creído llegado el momento de emprender una fuerte campaña encaminada a lograr que la noticia de la Misión penetre en todos los hogares, hasta el último rincón de las ciudades que han de ser misionadas, y llegue a todos, absolutamente a todos sus habitantes, convenciéndolos de la necesidad de que asistan a los actos que se celebran para escuchar la palabra de Dios, dóciles a las inspiraciones de la gracia.

Los trabajos preliminares que con tanto celo, de algunos meses a esta parte, viene realizando la Comisión ejecutiva, han de completarse ahora, para su mayor eficacia, con esa propaganda intensa y extensa, con fervorosas oraciones, santas penitencias y obras buenas, y con las ayudas económicas necesarias para toda obra humana.

Propagandistas podéis y debéis ser, desde luego, cuantos al simple anuncio de la Misión os disteis perfecta cuenta de su excepcional importancia para la vida religiosa y moral de nuestro pueblo. Hablad de la Misión en vuestros hogares, en los círculos de amistad, en los centros y lugares de trabajo y de recreo, en las calles y plazas. Los impresos de propaganda que a vosotros lleguen, lejos de destruirlos, haced que vuelen de mano en mano; difundidlos cuanto podáis.

Las hojas parroquiales, boletines y revistas de asociaciones y entidades católicas han de llevar en sus mejores páginas el anuncio y el eco de la Misión, dando a conocer a los fieles su naturaleza e importancia.

La prensa diaria y la radio, una vez más (y ésta con mayor empeño que en ninguna otra de las precedentes), sabrán formar y sin duda formarán, con la maestría a que nos tienen acostumbrados, ambiente popular de simpatía hacia la Misión.

Pero ni esa propaganda por perfecta que sea, ni la elocuencia y virtud de los misioneros, lograrán el fruto espiritual que deseamos, de no ir acompañadas de fervorosas plegarias y de fecundos sacrificios.

Orad, pues, venerables hermanos y amados hijos; orad con profundo espíritu religioso, con fervorosa fe, con ilimitada confianza. Ofreced sobre todo a los fines de la Misión el Santo Sacrificio de la Misa y el Santo Rosario, y rezad como os está mandado la oración que compusimos y que ya conocéis; rezadla en actos públicos, en iglesias y oratorios; rezadla en familia, rezadla individual y colectivamente.

Muchísimo esperamos de las oraciones de nuestras santas religiosas, que desde sus asceterios, bien en el retiro de su vida contemplativa y de mortificación, bien en medio del trajín de sus casas de educación o de caridad, al lado de los enfermos y de los desvalidos, tanto pueden desagraviar al Señor ofendido por los pecados del mundo, y tan eficazmente pueden merecer las bendiciones del cielo. No menos esperamos de nuestros enfermos, si ofrecen, como

no dudamos ofrecerán, sus dolores para el fruto de la Misión. Con ellos está nuestro corazón de Padre y Pastor, a ellos va, desde ahora, con nuestra gratitud, nuestra más paternal y amplia bendición.

Pongamos todas nuestras plegarias en manos de la Santísima Virgen de la Merced, celestial patrona de Barcelona, a la que hemos proclamado y proclamamos Reina y Protectora de la Misión.

La práctica de la caridad más generosa y abnegada con los miembros doloridos del Cuerpo Místico de Jesucristo, que son los enfermos, los desconsolados, los atribulados, los pobres, los sin trabajo y sin techo, moverá al misericordiosísimo Corazón de Jesús a derramar sus bendiciones sobre los misioneros y los misionados. Dad, pues, abundantes limosnas, visitad a los enfermos en sus domicilios y en los hospitales, consoladlos, ayudadles.

Queremos que esta Misión se caracterice y distinga por una verdadera efusión de caridad, que no sea pasajera, sino que arraigue y crezca en el corazón de nuestro pueblo.

En marcha, pues, hacia el logro de los altos fines que la Misión persigue, a saber:

Reforma, purificación y elevación de las costumbres públicas y privadas, desviando la ola de inmundicia que invade el mundo, para que no encenague nuestra ciudad, ni nuestra diócesis;

Defensa de las sagradas y básicas instituciones del matrimonio y de la familia, ajustándolas a las sabias normas del Evangelio y a las santas tradiciones de nuestros mayores;

Afirmación del espíritu de justicia y equidad, que regule las relaciones económicas y sociales según la luminosa doctrina de la Iglesia, haciendo desaparecer irritantes desigualdades y evitando el choque brutal entre el excesivo lujo de unos y la miseria y penuria de otros muchos, lo que el Papa tan amargamente deploró en reciente discurso;

Frente a tanto olvido de Dios y a tantos odios entre los hombres, semillero de guerras y destrucciones, el amor a Dios sobre todas las cosas y la más fervorosa caridad de unos con otros, para que reine la verdadera fraternidad.

Moderación en las diversiones, aun suponiéndolas lícitas, en estos tiempos que por tantos títulos reclaman austeridad de vida, por compasión hacia los que mucho sufren, por la urgente necesidad de dedicar más tiempo al trabajo e intensificar la producción, por sano espíritu de ahorro que permita aumentar el patrimonio familiar para poder hacer frente a las más apremiantes necesidades del cotidiano vivir;

Sobre todo, finalmente, santificación de la vida mediante el cumplimiento fiel de los mandamientos, práctica de la oración y digna recepción de los santos sacramentos.

Únicamente de las conciencias sólida y rectamente formadas, reconciliadas con Dios Nuestro Señor; únicamente de las almas santificadas que viven la vida sobrenatural podemos esperar el remedio de tantos males como lamentamos y alejar el castigo con que Dios amenaza al mundo por tantos pecados y prevaricaciones.

El logro de estos santos ideales, cuyo fruto sería la paz de nuestras conciencias, la paz con Dios y la paz con nuestros prójimos, bien merece todo nuestro esfuerzo.

A trabajar, pues, por el mayor éxito y el más copioso fruto de la Misión general de Barcelona. A cuantos cooperéis espiritual o materialmente os damos nuestra efusiva bendición.

TODOS LOS QUE MILITAIS

*Todos los que militáis
Debajo desta bandera,
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues que no hay paz en la tierra.*

Y como capitán fuerte
Quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle a seguir
Pues que le dimos la muerte,
Oh qué venturosa suerte
Se le siguió desta guerra;

*Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues Dios falta de la tierra.*

Con grande contentamiento
Se ofrece a morir en cruz,
Por darnos a todos luz
Con su grande sufrimiento.
¡Oh glorioso vencimiento!
¡Oh dichosa aquesta guerra!

*Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues Dios falta de la tierra.*

No haya ningún cobarde,
Aventuremos la vida,
Pues no hay quien mejor la guarde
Que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestro guía,
Y el premio de aquesta guerra;

*Ya no durmáis, ya no durmáis,
Porque no hay paz en la tierra.*

Ofrecámonos de veras
A morir por Cristo todas.
Y en las celestiales bodas
Estaremos placenteras;
Sigamos estas banderas,
Pues Cristo va en delantera

*No hay que temer, no durmáis,
Porque no hay paz en la tierra.*

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: *Nuestras armas* (pág. 1) ★ *La Misión general de Barcelona* (pág. 3) ★ *Todos los que militáis* (pág. 4) ★ *Radiomensaje Navideño de S. S. Pío XII* (págs. 5 a 8) ★ *El Rosario del Papa*, por Luis Creus Vidal (pág. 9) ★ *La Apostasía general de los hombres y las sociedades* (págs. 10 y 11) ★ *San José Oriol y el quietismo del siglo XVII*, por José-Oriol Anguera de Sojo (págs. 14 a 16) ★ *El «Éxtasis de Juana de Valois» de Baucher*, por José M.^a de Solá Morales (págs. 17 y 18) ★ *Notas sobre la democracia (I)*, por Ignacio Hernando de Larra-mendi (págs. 19 a 21) ★ *Quincena religiosa*, por E. F. (págs. 22 y 23) ★ *Quincena política*, por J. O. C. (págs. 23 y 24).

ADVERTENCIAS.—CRISTIANIDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANIDAD sin indicar su procedencia.

Por la limitación del espacio con que contamos, hemos interrumpido en el presente número la serie de seis maravillosos artículos sobre «La Virgen peregrina en la diócesis de Solsona», del Excmo. y Rdm. D. Vicente Enrique Tarancón, Obispo de aquella diócesis, que continuaremos el 15 del corriente mes con la publicación del cuarto artículo de la serie.

RADIOMENSAJE NAVIDEÑO DE S. S. PIO XII

Acción de gracias. – Recuerdos conmovedores. – La tumba del Príncipe de los Apóstoles se ha encontrado. – Los frutos del Año Santo. – El deber urgente del Apostolado católico. – Los grandes ausentes. – La paz interna de los pueblos. La paz externa. – Solicitud de la Iglesia por la paz del mundo. – Una suma injuria. – Invitación a orar.

Acción de gracias

Un año ha transcurrido ya, venerables hermanos y queridos hijos, desde la última víspera de Navidad, desde aquel día memorable en que, ante la ansiosa espera del mundo católico, promulgamos e inauguramos el gran Jubileo, que ha impreso un surco tan profundo en la vida de la Iglesia y ha superado las más optimistas previsiones.

Parece que oímos todavía, como un eco de ayer mismo, los golpes de martillo que abrieron aquella entrada santa, convertida en puerto espiritual de todas las gentes, y que escuchamos aún el júbilo con que los fieles acogieron la noticia.

Voló entonces el Ángel del Señor desde aquel luminar sagrado a los cuatro extremos de la tierra, como para reunir y convocar hacia la Patria común de los creyentes a las innumerables filas de romeros, anhelantes de purificarse en las aguas saludables de la penitencia y deseosos de cumplir el gran retorno y de merecer el gran perdón.

Hoy el mismo Ángel parece que nos repite las palabras que mucho tiempo ha dirigió el Arcángel Rafael a Tobías: «Benedicid en la tierra al Señor y dad gracias a Dios. He aquí que yo vuelvo a Aquel que me ha enviado. Escribid todo lo que os ha acontecido.» (Tob., 12, 20.)

La palabra *fin*, que las leyes de la presente vida imponen a todas las cosas, aun a las más santas y caras, y a todos los acontecimientos, aun a los más alegres y fecundos, será escrita también en las santas Puertas jubilares, dejando en los corazones un sentimiento a la vez de alegría serena y de pesadumbre nostálgica, semejante al que acompañaba a los tres Apóstoles al bajar del Tabor.

Si es digno y justo dar gracias en todo lugar y en todo tiempo al Padre, dador de todo bien perfecto, con tanto mayor entusiasmo, cuando mañana hayamos sellado la Puerta Santa, se elevará de Nuestro corazón y de Nuestros labios el himno de la gratitud, al cual se unirán con particular exultación las voces del mundo católico en mil diversidades de acentos, pero vibrando todas con un sentimiento único.

Recuerdos conmovedores

Parádonos por última vez en el umbral de la Puerta Santa, por donde han pasado tantos peregrinos que han venido a buscar en él la purificación y el perdón, se representarán a Nuestra mente, como en una sola visión, todas las maravillas de este año verdaderamente incomparable: los esplendores magníficos de las grandes funciones litúrgicas, los fulgores invisibles, pero más hermosos aún, de las almas renovadas y santificadas con las lágrimas del arrepentimiento ante el tribunal de la penitencia y con las lágrimas del amor al pie de los altares.

Revivirán en Nuestro pensamiento las solemnes Ca-

nonizaciones y Beatificaciones, testimonio vivo de todo lo que puede alcanzar la humana naturaleza con la ayuda de la gracia divina, y de las obras benéficas de que es tan fecunda la Iglesia en todos los tiempos.

Volveremos a oír los irrefrenables clamores de júbilo, las devotas oraciones y los cantos, cuyo entusiasmo hacía vibrar las bóvedas de la Basílica Vaticana, y ésta, incapaz de contener a las muchedumbres siempre crecientes, se ensanchaba, alargando los grandes brazos de su columnata. Volveremos a ver en espíritu las solemnidades de Pascua y del Corpus, la tarde de la Canonización de Santa María Goretti y la mañana, luminosa de insólito y arcano esplendor, de la proclamación del Dogma de la Asunción de María. Volveremos a contemplar las grandes procesiones de penitencia y de propiciación con que fueron veneradas por las calles de la Roma cristiana las sagradas imágenes del Crucifijo y de la Santísima Virgen. Se agolparán a Nuestra mente los recuerdos de tantos Congresos, que han tenido por objeto las ciencias sagradas o los problemas del apostolado; los ecos de Nuestras palabras, que la voz viva de los pueblos, como las de la prensa y de la radio, difundían por el mundo; los Documentos pontificios, dirigidos a tanta variedad de personas, y de modo particular la Encíclica «*Humani generis*» y Nuestra Exhortación al Clero, de las que esperamos los más óptimos frutos.

Y se presentarán a Nuestra memoria, con profunda nostalgia, la cara imagen de vuestros rostros. De vosotros, ante todo, Venerables Hermanos en el Episcopado, que en número tan imponente acudisteis a Nos y tan dócilmente oísteis Nuestra palabra. Y de vosotros también, queridos hijos e hijas. Nunca podremos olvidar la expresión de vuestros ojos, más aún que el movimiento de vuestros labios, con que vinisteis a confiarnos vuestras penas y vuestras íntimas esperanzas. Conmoción indecible, que enternecía también Nuestro corazón cada vez que bajábamos a estar en medio de Nuestro querido pueblo cristiano.

Ninguna solicitud, ningún cansancio ha bastado a sustraernos a vuestros deseos, o a omitir Nuestras conversaciones con vosotros. Admitiros a Nuestra presencia, esperaros y aun deseáros, era para Nos más una necesidad del corazón que un deber de Nuestro oficio pastoral. Y cuantas veces prolongábamos Nuestros saludos, llamándoos nación por nación, diócesis por diócesis, parroquia por parroquia, grupo por grupo, queríamos como recoger todas vuestras voces y todas vuestras oraciones, que vosotros deseabais hacer pasar por Nuestras manos para presentarlas a Jesucristo.

¡Cuánto hubiéramos querido entonces apretaros a todos contra Nuestro corazón, haceros sentir a todos cómo Nos devolvíamos ternura por ternura, hacer penetrar en todos vosotros una palabra de confianza y de esperanza! A vosotros especialmente, los predilectos de Jesucristo y de Nos mismo, pobres y enfermos, que algunos días constituíais el ornamento más hermoso de la

Basílica Vaticana, y en quienes vemos siempre el más rico y el más precioso tesoro de la Iglesia.

La tumba del Príncipe de los Apóstoles se ha encontrado

Mas si durante el Año Santo la Confesión de San Pedro en el Vaticano ha sido testigo y centro de tan imponentes manifestaciones de la unidad de los católicos de todo el mundo en la fe y en el amor, la gloria de este lugar sagrado ha tenido también en otro aspecto su complemento: las excavaciones practicadas debajo de esta misma Confesión y su examen científico (exploraciones a las cuales dirigimos Nuestra atención desde los primeros meses de Nuestro Pontificado) han sido llevados felizmente a término en el decurso de este Año jubilar, al menos en lo que a la tumba del Apóstol se refiere. Dentro de muy poco una documentada publicación pondrá en conocimiento del público el resultado de las diligentísimas investigaciones realizadas.

Tal resultado ha sido de sumo valor e importancia. Pero la cuestión esencial es la siguiente: ¿Se ha encontrado realmente la tumba de San Pedro? A tal pregunta la conclusión final de los trabajos y de los estudios responde con un clarísimo *Sí*. La tumba del Príncipe de los Apóstoles se ha encontrado.

Una segunda cuestión, subordinada a la anterior, se refiere a las reliquias del Santo. Estas ¿han sido halladas? Al lado del sepulcro se encontraron restos de huesos humanos, los cuales, sin embargo, no se puede probar con certeza que perteneciesen al cuerpo del Apóstol. Esto deja, con todo, intacta la realidad histórica de la tumba. La gigantesca cúpula se eleva exactamente sobre el sepulcro del primer Obispo de Roma, del primer Papa; sepulcro humildísimo en su origen, pero sobre el que la veneración de los siglos posteriores, con sucesión maravillosa de obras de arte, erigió el templo máximo de la Cristiandad.

Los frutos del Año Santo

Mas ahora los millones de hombres que han acudido de los cuatro puntos cardinales al centro de la catolicidad, para tomar parte en este acontecimiento mundial del Año Santo, para ganar el jubileo, para templar de nuevo sus almas en un baño de purificación y santificación, para sacar con gozo las gracias de las fuentes del Salvador, lo más cerca posible del manantial (cfr. *Is.* 12, 3), ¿se contentarán tal vez con volver a su patria como privilegiados entre los centenares de millones que no han podido gozar de tal favor, con explicarles las bellezas de que han sido testigos, con descansar, mediante estos recuerdos, de las tristes y ordinarias realidades, por algunos días olvidadas? No; deben persuadirse de la misión que ahora les incumbe, misión a la vez honorífica que llena de responsabilidades, es a saber, la de convertirse, entre los fieles de su tierra, con la palabra y el ejemplo, en mensajeros y propagadores del espíritu que bulle en sus corazones.

Como un árbol en el jardín del padre de familia, el Año Santo ha florecido espléndidamente; y si sus flores ven, al declinar del mismo, sus pétalos por tierra, es para dejar ahora crecer y madurar los frutos. Porque es preciso que éstos crezcan y maduren. El mundo tiene hambre y sed de ellos, mientras sus condiciones de vida, sus miserias materiales y espirituales están muy lejos de darle la legítima satisfacción que espera. Las necesidades y preocupaciones cotidianas emplean y agotan todas las energías de tantos corazones que no encuentran ya ni tiempo, ni oportunidad, ni gusto para dar a su alma aquel mínimo que es un deber esencial de todo cristiano.

El deber urgente del Apostolado católico

Aun allí donde un asiduo trabajo del clero secular y regular, secundado por la ferviente cooperación de los seglares, hace prosperar la vida religiosa, el número de los cristianos espiritualmente desnutridos, lánguidos y vacilantes en la fe es tal todavía, que la solicitud materna de la Iglesia no puede desinteresarse.

Arrancar a estos hijos de la Iglesia de su estado de cómodo pero peligroso letargo es el deber urgente que ahora se impone al apostolado católico.

Cualquier atento observador, que sepa considerar y ponderar las circunstancias presentes en su concreta realidad, se siente necesariamente impresionado a la vista de los graves obstáculos que se oponen al apostolado de la Iglesia. Como la corriente de lava incandescente que, metro a metro, desciende por la falda del volcán, así la ola devastadora del espíritu del siglo avanza amenazadora y se propaga en todos los campos de la vida y en todas las clases de la sociedad.

Sus caminos y su ritmo, no menos que sus efectos, varían según los diversos países, desde un más o menos consciente desconocimiento del influjo social de la Iglesia, hasta la sistemática desconfianza, que en algunas formas de gobierno toma el carácter de abierta hostilidad y de verdadera persecución.

Confiamos plenamente que Nuestros queridos hijos e hijas tendrán la clarividencia y el aliento de afrontar y cumplir resueltamente las obligaciones que derivan de un tal estado de cosas. Sin amargura, pero también sin debilidad, se entregarán a disipar con los hechos los prejuicios y las sospechas de no pocos extraviados, todavía accesibles a una serena y objetiva exposición; les harán comprender que, lejos de existir la menor incompatibilidad entre la fidelidad a la Iglesia y la entrega a los intereses y al bienestar del pueblo y del Estado, estos dos órdenes de deberes, que el verdadero cristiano ha de tener siempre presentes ante sus ojos, están íntimamente unidos en la más perfecta armonía.

Con deliberado propósito pasamos en silencio, en esta ocasión, ciertas disonancias que recientemente se han manifestado entre algunos católicos y algunos miembros de otras sociedades religiosas, y que en parte se han infiltrado poco oportunamente en el campo de las discusiones políticas. Esperamos que, fuera de tales no menos desagradables que nocivas polémicas, en todos los grupos no católicos se hallarán hombres y mujeres de buena voluntad, los cuales, justamente ansiosos por los peligros de que se ve amenazada al presente la sagrada herencia de la fe cristiana, alimentarán en su corazón otros pensamientos que los de la fraterna desunión y discordia:

Los grandes ausentes

Si alguien estuviese tal vez tentado de perder de vista esta necesidad y este deber, que mire —en cuanto sea esto posible— lo que está sucediendo en algunos pueblos, cerrados, por así decirlo, dentro de una férrea muralla, y observe a qué condiciones han sido reducidos en su vida espiritual y religiosa.

Vería entonces a millones de hermanos católicos, ligados por antiguas y santas tradiciones de fidelidad a Jesucristo y de unión filial con esta Sede Apostólica; vería pueblos, cuyas heroicas gestas por la conservación y defensa de la fe están escritas con caracteres indelebiles en los anales de la Iglesia; los vería, decimos, privados con frecuencia de sus derechos civiles y de su misma libertad e incolumidad personales, cortados y mantenidos lejos de toda viva, segura e inviolada comunicación con el Centro de la Cristiandad, aun para las

cosas más íntimas de sus conciencias, mientras pesa sobre ellos la angustia de sentirse como solos y tal vez de creerse como abandonados.

Bajo la cúpula de Miguel Ángel, donde resonaban las voces de los peregrinos de todos los países libres, que en las más diversas lenguas elevaban sus hosannas con las mismas expresiones de fe, con los mismos cantos de júbilo, su puesto estaba vacío. ¡Qué vacío y cuán doloroso para el corazón del Padre común, para el corazón de todos los fieles unidos en una misma creencia, en un mismo amor! Pero ellos, los grandes ausentes, estaban tanto más presentes cuando en aquellas multitudes incontables, conscientes de su fe católica, parecía palpitar un solo corazón y vivir una sola alma, que formaba una misteriosa pero eficaz unidad.

A todos estos confesores de Cristo, que llevan injustamente visibles o invisibles cadenas, que sufren contumelia por el nombre de Jesús (*Act. 5, 41*), enviamos, en este final del Año Santo, Nuestro conmovido, grato y paterno saludo. ¡Ojalá que llegue hasta ellos, que traspase los muros de sus prisiones, los alambres espinosos de los campos de concentración y de trabajos forzados, allí, en aquellas lejanas regiones, impenetrables a las miradas de la humanidad libre, sobre las que se ha extendido un velo de silencio, el cual, con todo, no podrá impedir el juicio final de Dios ni el veredicto imparcial de la Historia!

En el nombre dulcísimo de Jesús, Nos los exhortamos a soportar generosamente sus humillaciones y sus sufrimientos; con ellos aportan una contribución de inestimable valor a la gran cruzada de oración y penitencia que se iniciará con la extensión del Año Santo a todo el orbe católico.

Y que sus oraciones y las nuestras abracen, en una efusión de caridad, según el ejemplo de Cristo, de los Apóstoles y de los verdaderos seguidores del Redentor, aun a aquellos que hoy se encuentran todavía en las filas de sus perseguidores.

La paz interna de los pueblos

Si dirigimos ahora Nuestra mirada hacia el futuro, la paz interna de cada pueblo se presenta como el primero y más urgente problema. Por desgracia, la lucha por la vida, la preocupación por el trabajo y por el pan dividen en campos adversos a hombres que habitan una misma tierra y son hijos de una misma patria. Unos y otros mantienen la exigencia, en sí legítima, de ser considerados y tratados, no como objetos, sino como sujetos de la vida social, sobre todo en el Estado y en la economía nacional.

Por eso muchas veces, y con una insistencia cada vez mayor, Nos hemos señalado la lucha contra el paro forzoso y el esfuerzo hacia una bien entendida seguridad social como condición indispensable para unir a todos los miembros de un pueblo, altos y bajos, en un solo cuerpo.

Ahora bien, ¿osaría tal vez lisonjearse de servir a la causa de la paz interna el que hoy día viese egoísticamente en los grupos que se oponen a sus propios intereses la fuente de todas las dificultades y el obstáculo a la restauración y al progreso?

¿Osarían lisonjearse de servir a la causa de la paz interna aquellas organizaciones que, para tutelar los intereses de sus miembros, no recurriesen ya a las armas del derecho y del bien común, antes se apoyasen en la fuerza del número organizado y en la debilidad de los demás, que no están igualmente organizados o que tienden siempre a subordinar el uso de la fuerza a las reglas del derecho y del bien común?

La paz interna, pues, no pueden esperarla los pueblos sino de hombres —gobernantes o gobernados, jefes

o meros partidarios— que, al defender sus particulares intereses y sus propias opiniones, no se obstinan ni se empequeñecen en sus puntos de vista, antes bien saben ensanchar sus horizontes y elevar sus miras al bien de todos. Si en no pocos países se lamenta una deplorable falta de participación de las jóvenes generaciones en la vida pública, ¿no es quizás una de las causas el que poco o rara vez se les ha ofrecido el fulgurante y arrebatador ejemplo de hombres como los que ahora hemos descrito?

Bajo la superficie de indudables dificultades políticas y económicas se esconde, pues, una más grave miseria espiritual y moral: el gran número de espíritus estrechos y de corazones mezquinos, de egoístas y de «arribistas», que corren tras del que está más en auge, que se dejan mover, con ilusión o con pusilanimidad, por el espectáculo de las grandes masas, por los clamores de las opiniones, por la ebriedad de la excitación. Ellos solos no darían un paso, cual es el deber de cristianos de fe viva, para avanzar firmes, guiados por el espíritu de Dios, a la luz de los principios eternos, con imperturbable confianza en su divina Providencia. Esta es la verdadera, la íntima miseria de los pueblos.

Como la hormiga blanca corroe las casas, de igual manera esa miseria social consume interiormente a los pueblos y, antes que aparezca de fuera, los vuelve incapaces de cumplir con su misión. Así las bases del régimen industrial capitalístico han sufrido cambios esenciales, acelerados por la guerra, pero preparados ya de antiguo. Pueblos servidores desde siglos se abren el camino hacia la independencia; otros, privilegiados hasta ahora, se esfuerzan por caminos antiguos y nuevos a conservar su posición. El anhelo, cada vez más alto y más extendido, hacia la seguridad social, no es más que el reflejo de una humanidad en la cual muchas cosas que en cada pueblo eran o parecían tradicionalmente sólidas se han vuelto caedizas e inciertas.

¿Por qué, pues, esa comunidad de incertidumbres y de peligros, creada por las circunstancias, no engendra también en cada pueblo una solidaridad entre los individuos? Bajo este aspecto, ¿no son acaso las inquietudes del patrono las mismas de sus obreros? ¿Acaso la producción industrial no está ligada como nunca, en todos los pueblos, con la producción agrícola, dado el influjo recíproco de sus destinos? Y vosotros, los que permanecéis insensibles ante las angustias del prófugo, errante y sin hogar, ¿no deberíais sentirnos solidarios con él, cuya triste suerte de hoy puede ser la vuestra de mañana?

¿Por qué esa solidaridad de cuantos se sienten intranquilos y en peligro no ha de ser para todos el camino seguro de alcanzar la salvación social? ¿Por qué ese espíritu de solidaridad no ha de ser el cimiento del orden social natural en sus tres formas esenciales de familia, propiedad y Estado, para volverlos a llevar a su orgánica colaboración, adaptada a las circunstancias presentes, circunstancias que, a pesar de todas las dificultades, son un don de Dios para confirmar nuestro espíritu cristiano?

La paz externa

Los hombres privados de sentido cristiano, algunos decepcionados por el pasado, otros postrados fanáticamente ante un ídolo del futuro, pero en todo caso descontentos del presente: he ahí un grave peligro para la paz interna de los pueblos, y al mismo tiempo para la paz externa.

No aludimos aquí al agresor que viene de fuera, orgulloso de su fuerza, despreciador de todo derecho y de toda caridad. Él halla, con todo eso, una potente arma en las crisis de los pueblos y en su falta de cohesión

espiritual y moral; se diría que encuentra sus tropas auxiliares en el interior mismo del país.

Es preciso, pues, que los pueblos no se dejen llevar por motivos de prestigio o por ideas anticuadas, a crear dificultades políticas y económicas al interno fortalecimiento de otros pueblos, desconociendo o no dando importancia al peligro común de todos.

Es preciso que comprendan cómo sus naturales y más fieles aliados están donde el espíritu cristiano, o al menos la fe en Dios, vale también en los asuntos públicos; y que no tomen por única base un supuesto interés nacional o político, descuidando o no teniendo en cuenta las profundas diferencias que lleva consigo una concepción del mundo y de la vida fundamentalmente diversa.

Lo que Nos dicta estas advertencias es ver el equívoco y la irresolución de algunos sinceros amigos de la paz, frente a tan grave peligro. Y como deseamos el bien de todas las Naciones, estimamos que la estrecha unión de todos los pueblos dueños de sus destinos, unidos por sentimientos de recíproca confianza y de mutua ayuda, es el único medio para la defensa de la paz, o la mejor garantía para su restablecimiento.

Mas, por desgracia, en estas últimas semanas la línea de fractura que en el mundo externo divide en opuestos bandos a la entera comunidad internacional se ha hecho cada vez más profunda, poniendo en peligro la paz del mundo. La historia humana no ha conocido nunca una discordia más gigantesca, cuyas dimensiones se miden con la misma superficie de la tierra. Hoy día, en un deplorable conflicto, las armas serían tan exterminadoras que la volverían casi «*inanis et vacua*» (Gen., 1, 2), soledad y caos, semejante, no al desierto de su amanecer, sino al de su ocaso. Todas las naciones se verían envueltas, y el conflicto repercutiría y se multiplicaría entre los ciudadanos de un mismo país, poniendo en peligro extremo todas las instituciones civiles y los valores del espíritu, puesto que esta discordia entraña en sí misma ya todos los más graves problemas que en otros tiempos se disputaban por separado.

El inmenso peligro que amenaza, exige imperiosamente, en razón de su misma gravedad, que se aprovechen todas las ocasiones para que la prudencia y la justicia puedan triunfar con la enseña de la concordia y de la paz, para reavivar los sentimientos de caridad y de piedad hacia todos los pueblos que sincera y únicamente aspiran a la paz y a la tranquilidad de la vida. Vuelva a reinar en los organismos internacionales la mutua confianza, que presupone la sinceridad de las intenciones y la lealtad en las disputas. Ábranse las barreras, rómpanse las alambradas, permítase a todos los pueblos que puedan conocer libremente la vida de todos los demás, suprimase aquella segregación de algunos países del resto del mundo civilizado, tan dañosa para la causa de la paz.

Solicitud de la Iglesia por la paz

¡Cuánto desearía la Iglesia contribuir a allanar el camino para ese contacto entre los pueblos! Para ella Oriente y Occidente no representan opuestos principios, antes bien participan de una herencia común, a la cual entrambos han contribuido poderosamente y están llamados a contribuir también en el futuro. Por su misma

divina misión, ella es madre de todos los pueblos, fiel sostén y sabia guía para cuantos buscan la paz.

Una suma injuria

Y sin embargo —*summa iniuria!*—, de parte bien conocida se Nos levanta la acusación de querer la guerra y de colaborar a tal fin con Potencias «imperialistas», que —según se dice— confían más en la fuerza de sus homicidas instrumentos bélicos que en la actuación del derecho.

A tan acerbo ultraje no podemos responder sino: Escrutad los doce agitados años de Nuestro Pontificado, examinad cada una de las palabras que han brotado de Nuestros labios, cada uno de los párrafos salidos de Nuestra pluma: no hallaréis sino exhortaciones de paz.

Recordad especialmente el fatal mes de agosto de 1939, cuando, al tiempo en que los temores de un sangriento conflicto mundial se hacían cada vez más agobiantes, desde las riberas del lago de Albano elevamos Nuestra voz, conjurando en nombre de Dios a los gobernantes y a los pueblos a que resolviesen sus discordias con pactos recíprocos y leales. ¡Nada se pierde con la paz —exclamamos—, todo puede perderse con la guerra!

Procurad considerar todo esto con ánimo sereno y leal, y habréis de reconocer que, si hay todavía en este mundo, desgarrado por intereses contrastados, un puerto seguro donde la paloma de la paz se pueda posar tranquilamente, está aquí, en este territorio consagrado por la sangre del Apóstol y de los mártires, donde el Vicario de Cristo no conoce deber más santo ni más grata misión que el ser incansable propugnador de la paz.

Así lo hemos hecho en el pasado. Así seguiremos haciendo en el futuro, mientras al divino Fundador de la Iglesia pluguiere dejar sobre Nuestros débiles hombros la dignidad y el peso de supremo Pastor.

Invitación a orar

Largo, escabroso, lleno de zarzas y espinos es el camino que conduce a la verdadera paz. Pero los hombres, en su gran mayoría, están dispuestos a soportar de buen grado todos los sacrificios, con tal de verse preservados de la catástrofe de una nueva guerra. Sin embargo, es ésta una empresa tan grande, y tan débiles son los medios puramente naturales, que Nuestras miradas se dirigen a lo alto, y Nuestras manos se elevan suplicantes a la majestad de Aquel que desde el esplendor de la divinidad se ha abajado hasta nosotros y se ha hecho como «uno de nosotros».

El poder del Señor, que inclina los corazones de los gobernantes hacia cualquier parte que le pluguiere, del mismo modo que regula el curso de los ríos (cfr. *Prov.*, 21, 1) puede calmar la tempestad que sacude la barca en que se encuentran despavoridos, no sólo los compañeros de Pedro, sino la humanidad entera. Con todo, para los hijos de la Iglesia es un deber sagrado implorar con sus plegarias y con sus sacrificios que el Señor del mundo, Jesucristo, Dios bendito por todos los siglos (*Rom.*, 9, 5), mande a los vientos y al mar, y otorgue al atormentado género humano la *tranquillitas magna* (*Matth.*, 8, 26) de la verdadera paz.

Con estos sentimientos impartimos de todo corazón la Bendición Apostólica a vosotros, queridos hijos e hijas, y a cuantos en el vasto mundo escuchan Nuestra palabra.

EL ROSARIO DEL PAPA

Un Rosario que no fué rezado en Barcelona

Tal es el título que podría encabezar esta noticia. A Barcelona, a la Barcelona católica, que tanto vibra siempre, no le llegó, por la causa que fuere, la noticia, y salvo en algunos hogares prevenidos, que por radio habían conocido el acontecimiento, éste pasó desapercibido hasta de las gentes piadosas que llenaban los templos el día 8 de diciembre de este Año Santo y de Gracia 1950.

Alabemos a Dios, y esforcémonos en elevar cada vez más y más vivamente nuestros corazones a las llamadas que nos vienen del Vaticano. Ofrezcamos la devoción tradicional con que aquel día —sobre todo nuestra juventud— festejó a su Patrona en este Año de su Dogma asuncionista, para suplir una conexión que tan necesaria nos era, y que tan vivamente debe haber llegado al Corazón de la Señora, que desde el día de Caná, hace dos mil años, al de Fátima, que fué ayer, u hoy, no cesa de decirnos, cada vez más apremiantemente: «Haced lo que Él os diga.»

En este día, 8 de diciembre, las agencias nos traen noticias que sólo hace unos lustros hubieran parecido extrañas. Hordas de chinos se apoderan de sitios de nombres extraños, Sinhung, Chinampo y Nanam, en los confines norteros de Corea. Un rincón de mundo. En otro tiempo, cualquier motín era sofocado por el gendarme del mundo, por la escuadra británica, que restablecía el «orden» a cañonazos. Hoy, allí mismo, unas escuadras más fuertes que nunca, apenas si logran asegurar un nuevo Dunkerque, a lo sumo una cabeza de puente. Porque la horda hoy es la mitad justa y entera, superficial y humana, del globo.

En este día, 8 de diciembre, se reúnen los más altos dirigentes de los dos Imperios capitales del mundo, de aquellos que han detentado toda iniciativa y toda riqueza en siglo y medio, y emiten un documento también extraño e incoherente. A lo sumo, una voluntad de resistir de parte de los pueblos, que empujan a los dirigentes de buena o de mala fe.

Y en este mismo día, el Papa nos avisa. No conoce remedios humanos. Él mismo los ha agotado todos. Nunca ha sido pesimista, ni aun humanamente. La Historia no podrá reprochar al que fué Nuncio y diplomático, a Monseñor Eugenio Pacelli, no haber concedido a los hombres hasta más confianza y crédito del que merecen. Jamás nadie podrá afirmar que Pío XII, a semejanza de su Maestro, menospreció la caña que aun no se había quebrado del todo. Una larga Nunciatura en Berlín, una fatigosa Secretaría de Estado lo atestiguan. Un sin fin de gestiones, antes, durante y después de la segunda guerra mundial, son su corona. No ha desdeñado nada. No ha desoido a

nadie. Más amplio que los cacareados liberales, ha recibido, y aun buscado, cordialmente, las gentes más opuestas en todas las sedicentes confesiones, con tal que fuesen hombres de buena voluntad.

En este día, 8 de diciembre, cuando llegan voces de Washington, emporio de la civilización, y de los nevados de Corea, emporio de miseria, y cuando no nos llegan, pero los sentimos, de Moscú, emporio visible de los horrores de un mundo ateo, que otros lugares los denota menos ostentosos pero tan falaces, el Papa Pío XII, el mismo de Munich y de Buenos Aires, el del bombardeo de Roma y el de siempre, nos llamó a todos y nos repitió una vez más: «Hijos míos, no veo remedio.»

Y entonces, el Padre común nos invitó a hacer lo que hacen las familias cristianas en sus momentos de apuro: rezar el Rosario.

Y el Padre cogió las cuentas y fué desgranando estos Misterios, que en esta época triste parecen concentrarse en los de Dolor. Y le respondían unos allegados suyos. Y las ondas de Hertz y de Marconi las extendieron al orbe entero: y miríadas y miríadas de voces suplicantes, en la noche fría de esta entrada de invierno le respondían y le acompañaban. «¡Hijos míos, recemos!»

Cuando la ola albigena amenazó al mundo, se rezó el Rosario. Cuando se esperaba el «comunicado» de Lepanto —que dice la tradición le llegó por ondas sobrenaturales—, lo rezaba Pío V, el Santo. Ahora el temporal es descomunal, porque es un compendio y resumen de todos los temporales de la Historia, y ha recogido todos sus detritus, y todo su estremecer, y toda su energía también. Todo lo lanza adelante, arrollador: es el número. Parece haberse complacido en simbolizarse en el alud chino: número, cantidad. Lo más bajo, y también, en la miseria, lo más potente, porque la cantidad es lo más material, lo infimo —por esto mismo lo más agobiante, lo que más asfixia al reino del espíritu en su caída— de todo. El alud está en Corea: pero no es más que el eco del que está en el Oder y en el Cáucaso. Y dentro de nosotros: en nuestras propias almas también. Y contra este alud, el Padre Santo requirió otro: el de las Avemarías, remedio que hará sonreír a muchos, pero que también tiene sus matemáticas, cuando son millones de hijos los que sienten y contestan a la patética voz del Padre añadiendo: «... Ruega por nosotros, pecadores...»

Barcelona estuvo apenas presente. Pero para Dios no rige el tiempo. Es hora de juntarnos al Rosario del Papa. La actual Cruzada de Oración no es más que esto. Ni menos.

Luis Creus Vidal

LA APOSTASIA GENERAL DE LOS HOMBRES Y LAS SOCIEDADES

Cuando el mundo busca con afán la causa de los males que padecemos y de los que se avecinan, suele con facilidad buscarla en motivos puramente exteriores, preferentemente económicos. Y aun los que, profundizando un poco más, afirman ser la apostasia de las masas la causa verdadera de tantos y tan graves desórdenes, no alcanzan quizá del todo a señalar con fuerza suficiente lo que de verdad es causa profunda y última de este constante malestar social y de las amenazas que ensombrecen el horizonte del futuro próximo. Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, felizmente reinante, nos ha dado a este respecto luz clarísima. Sus alocuciones y mensajes son faro esplendente y único por donde podemos atisbar la naturaleza y gravedad de estos mismos males que a tan diversas razones se atribuyen. Y su magisterio supremo es para nosotros fuente inequívoca y cierta.

CRISTIANDAD quiere en el primer número del presente año recoger algunos textos pontificios que se refieren concretamente a esta apostasia que no es sólo de los obreros. El detenido examen de lo que el Vicario de Cristo enseña nos ayudará a medir nuestra propia responsabilidad en los males presentes y a dirigirnos con humildad al Padre de las misericordias para que apiadándose de la humanidad pecadora, vuelta hoy de espaldas a Dios, avive nuestra fe, acreciente nuestra caridad y nos infunda la sobrenatural esperanza en la paz de Cristo que se asienta sobre tales virtudes.

Los hombres, rebeldes al cristianismo verdadero, se forjan una religión que cohoneste sus caprichos

«Cuando se indagan las causas de las ruinas actuales, que dejan atónita a la humanidad que las contempla, se oye afirmar no raras veces que el Cristianismo no ha sabido cumplir su misión. ¿De quién y de dónde viene acusación semejante? ¿Tal vez de aquellos apóstoles, gloria de Cristo; de aquellos heroicos celadores de la fe y la justicia; de aquellos pastores y sacerdotes, heraldos del Cristianismo, quienes con persecuciones y martirios ennoblecieron la barbarie y la rindieron devota ante el altar de Cristo, dieron comienzo a la civilización cristiana, salvaron los restos de la sabiduría y del arte de Atenas y Roma, reunieron a los pueblos en el nombre de Cristo, propagaron el saber y la virtud, elevaron la Cruz sobre los pináculos y las bóvedas de las catedrales, imágenes del Cielo, monumentos de fe y de piedad que yerguen aún su cabeza sobre las ruinas de Europa?

»No. El Cristianismo, cuya fuerza dimana de Aquel que es camino, verdad y vida, y que está y estará con El hasta la consumación de los siglos, no ha faltado a su misión, sino que los hombres se han rebelado contra el Cristianismo verdadero y fiel a Cristo, se han forjado un cristianismo a su talante, un nuevo idolo que no salva, que no repugna a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro y de la plata, que fascina la vista, y a la soberbia de la vida; una nueva religión sin alma o un alma sin religión; un disfraz de Cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo; y han proclamado que el Cristianismo ha faltado a su misión.»

La progresiva descristianización del mundo es la causa de los males presentes

«Ahondemos en el fondo de la conciencia de la sociedad moderna, busquemos la raíz del mal: ¿dónde radica ella? Sin duda alguna, tampoco en esto queremos omitir la alabanza debida a la cordura de aquellos gobernantes que o favorecieron siempre o quisieron y supieron devolver su honor, para bien del pueblo, a los valores de la civilización cristiana en las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado, en la tutela de la santidad del matrimonio, en la educación religiosa de la juventud. Pero no podemos cerrar los ojos a la triste visión de la progresiva descristianización individual y social, que, de la relajación de costumbres, ha pasado al enflaquecimiento y abierta negación de verdades y fuerzas destinadas a iluminar los entendimientos acerca del bien y del mal, a vigorizar la vida familiar, la vida privada, la vida estatal y pública.»

La anemia religiosa ha producido el inmenso vacío moral de hoy

«Una anemia religiosa como contagio que cunde ha atacado de este modo a muchos pueblos de Europa y del mundo, abriendo en las almas tal vacío moral, que ningún amasijo religioso o mitológico nacional e internacional es capaz de llenarlo. Con palabras, y con hechos, y con disposiciones desde decenios y siglos, ¿qué más o menos se supo hacer sino arrancar de los corazones de los hombres, desde la infancia hasta la vejez, la fe en Dios, Creador y Padre de todos, remunerador del bien y vengador del mal, desnaturalizando la educación y la instrucción, combatiendo y oprimiendo con todo arte y por medio de la difusión de la palabra y de la prensa, y por el abuso de la ciencia y del poder, la religión y la Iglesia de Cristo?

»Arrastrando el espíritu a la síma moral, al apartarse de Dios y de las prácticas cristianas, no podía menos de ser que los pensamientos, propósitos, iniciativas, estima de las cosas, acción y trabajo de los hombres se dirigieran y orientaran hacia el mundo material, afanándose y sudando por dilatarse en el espacio, por crecer como nunca, más allá de todo límite, en la conquista de las riquezas y del poder; por rivalizar en la velocidad para producir más y mejor todo lo que el adelanto y progreso material parecía exigir.»

Amargos frutos de la apostasia en el orden económico, político y social

«De aquí, en la política, el prevalecer de un impulso desenfrenado hacia la expansión, y el mero crédito político, despreocupado de la moral; en lo económico, el dominio de las grandes y gigantescas empresas y asociaciones; en la vida social, el afluir y hacinarse de muchedumbres de pueblos en las grandes ciudades y en los centros industriales y comerciales, con gravoso exceso, con aquella inestabilidad que sigue y acompaña a una multitud de hombres, que cambia de casa y residencia, de país y de oficio, de pasiones y amistades.

»De aquí nació entonces el que las recíprocas relacio-

nes de la vida social tomaran un carácter puramente físico y mecánico. Con desprecio de todo razonable freno y miramiento, el imperio de la violencia externa, la escueta posesión del poder se sobrepuso a las normas del orden, regidor de la convivencia humana, las cuales, dimanando de Dios, establecen qué relaciones naturales y sobrenaturales median entre el derecho y el amor hacia los individuos y la sociedad.»

El porqué de los odios, luchas y guerras

«La majestad y dignidad de la persona humana y de las sociedades particulares quedó herida, rebajada y suprimida por la idea de la fuerza que crea el derecho; la propiedad privada llegó a ser para los unos un poder dirigido a la explotación de la labor ajena, y en los otros engendró celos, impacencias y odio, y la organización que de esto se derivó se convirtió en poderosa arma de lucha para hacer prevalecer los intereses partidistas. En algunos países, una concepción atea o anticristiana del Estado vinculó a sí, con vastos tentáculos, al individuo, de tal forma que casi lo despojó de su independencia, tanto en la vida privada como en la pública.

»¿Quién podrá maravillarse hoy día si tan radical oposición a los principios de la doctrina cristiana ha acabado por transformarse en ardiente choque de tensiones, internas y externas, hasta conducir al exterminio de vidas humanas y destrucciones de bienes, como lo vemos y presenciamos con profunda pena? La guerra, consecuencia funesta y fruto de las condiciones sociales ahora descritas, lejos de detener su influjo y desarrollo, lo promueve, acelera y amplía, contando mayor ruina cuanto es más larga, haciendo aun más general la catástrofe» (1).

Responsabilidad de muchos cristianos en la apostasía universal

«El camino de la humanidad en la presente confusión de ideas ha sido un camino sin Dios, más aún, contra Dios; sin Cristo, más aún, contra Cristo. Con esto no queremos ni pretendemos ofender a los que yerran; son o siguen siendo nuestros hermanos.

»Conviene, sin embargo, que también la humanidad considere aquella parte de responsabilidad que le corresponde en las presentes horas. ¿O es que tal vez muchos cristianos no han hecho también concesiones a aquellas falsas ideas y orientaciones de la vida tantas veces desaprobadas por el magisterio de la Iglesia?

»Toda tibieza y todo pacto inconsiderado con el respeto humano en la profesión de la fe y de sus principios; toda pusilanimidad y vacilación entre el bien y el mal en la práctica de la vida cristiana, en la educación de los hijos y en el gobierno de la familia; todo pecado oculto o público; todo esto y lo que aun se podría añadir, ha sido y es una deplorable contribución a la desventura que descomienza al mundo.»

Nadie está exento de culpa

«¿Y quién tendría jamás derecho a considerarse sin ninguna culpa? La reflexión sobre vosotros mismos y sobre vuestras obras y el humilde reconocimiento de una tal responsabilidad moral os hará vislumbrar y sentir en lo más íntimo del alma cuán debida y santa os es la oración y la acción que aplaque e implore la misericordia de Dios y contribuya a salvar a los hermanos, devolviendo a Dios aquel honor que por espacio de tantos decenios le fué negado, conquistando y obteniendo para los hombres aquella

paz interior que no se puede volver a encontrar si no es acercándose a la luz espiritual de la cueva de Belén» (2).

La lucha entre el bien y el mal atraviesa una fase culminante

«Rara vez y acaso nunca se ha recrudecido tanto como en nuestros tiempos la lucha entre buenos y malos, con cuyos hechos y modo de proceder, siempre entremezclados, se va tejiendo la historia del género humano. Y si Nos, al dirigir a todas partes del mundo nuestra mirada desde esta atalaya del Vaticano, tenemos ciertamente que llenarnos de admiración y de gozo cuando contemplamos que las falanges de los buenos brillan con tales virtudes que evocan los primeros tiempos del cristianismo, principalmente por el mérito de la fortaleza y por la gloria de los mártires, también, por el contrario, nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia cuando percibimos que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado increíble y enteramente desconocido en otros tiempos.»

El crimen social del ateísmo y del menosprecio de Dios

«Nos causa horror, venerables hermanos, tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menosprecio, que fué el primer delito del hombre al rebelarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra... Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del materialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo. Más aún, al odio contra Dios... El ateísmo y el odio contra Dios es un pecado gravísimo con el que está infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos...» (3).

Sólo una sagrada Cruzada puede vencer tan gran número de males

«Sabemos bien que las fuerzas humanas son desproporcionadas para realizar obra de tanta importancia (la verdadera paz); es necesario, pues, primeramente renovar los espíritus de los hombres, reprimir las pasiones, calmar los odios, llevar en verdad a la práctica los principios y normas de la justicia, llegar a una más justa distribución de las riquezas, reavivar la mutua caridad y estimular la virtud de todos.

»Este es, ciertamente, trabajo arduo, pero necesario; si necesario, no hay que vacilar en lo más mínimo, sino llevarlo cuanto antes a la realización. Si arduo y desproporcionado a las fuerzas humanas, hay que acogerse al Padre celestial rogando y suplicando, al modo como siempre lo hicieron nuestros antepasados, en el curso de los siglos en toda situación difícil, no sin éxito feliz y saludable.

»Por todo lo cual, de nuevo os recomendamos y exhortamos, venerables hermanos, que, prescritas oraciones públicas, invitéis a la grey que os ha sido confiada a que impetere la paz y la concordia de los pueblos, de tal modo que, bajo el auspicio de la religión, se practique como una sagrada Cruzada que responda con su lucha a aquella otra por la que tantos males amenazan a la humana convivencia» (4).

(2) Mensaje de Su Santidad en la Navidad de 1943. Vid. Colección Encíclicas, pág. 445.

(3) Alocución del Papa sobre el crimen del Ateísmo. Ecclesia, tomo XVI, n.º 397 págs. 6 y 7.

(4) Encíclica «Mirabili illud» de 6 de diciembre de 1950.

(1) Mensaje de Su Santidad en la Navidad de 1941. Vid. Colección Encíclicas, págs. 407 - 408.

Estas son las tres instantes súplicas que dirigimos a Dios invocando el eficaz patrocinio de la benig-nísima Virgen María Asunta a los Cielos:

La verdadera paz

«Que la benignísima Madre de la gracia, Madre de la misericordia, María, interponga su valimiento ante Dios para defender la causa de la verdadera paz. Este es el primer ruego que hacemos a la Reina de los cielos después de haber tenido la alegría de aumentar de tal modo sus alabanzas y su honor. Y vosotros, Venerables Hermanos, exhortad al clero y al pueblo encomendado a vuestra vigilancia para que se empeñe, en todo tiempo y en toda clase de actividad, en fomentar con sus oraciones y con sus obras la caridad y la paz».

(De la Alocución pronunciada por S. S. el Papa el día 2 de noviembre pasado en la audiencia a los Cardenales y Obispos presentes en Roma con motivo de la definición dogmática de la Asunción.)

La vida cristiana en el matrimonio y en la familia

«Creemos que no nos equivocamos al pensar que el desorden que tan extensa y profundamente perturba la institución conyugal y familiar inficiona como una peste la sociedad humana actual y arrastra la ruína de la salvación de las almas. Aunque acerca de estas cuestiones se ha escrito con increíble abundancia, el enorme mal se agrava y recrudece. Y no podía ciertamente ocurrir de otro modo cuando los que se esfuerzan en curar la herida, separan el matrimonio de la ley divina tal como la proclama la naturaleza del hombre y la promulga igualmente la doctrina de la Iglesia.

»...Tal estrecha vinculación entre el matrimonio y la familia con la ley de Dios es como el fundamento y la cima de nuestra consideración...

»Cuando el matrimonio y la familia están en circunstancias tan injustas y adversas que se hace difícil la esperanza de superarlas, quiere María con su eficaz intercesión suplicar a Dios Criador y Redentor que los hombres vuelvan a aquella excelsa forma de matrimonio que Él quiso e instituyó y que todos los hijos de la Iglesia *enlacen entre sí siempre*, y solamente por medio del sacramento, sus contratos matrimoniales, y con su casto connubio representen como en sagrada imagen la admirable unión de Cristo con su Iglesia».

Una sagrada batalla bajo el signo de la Cruz:

La austeridad cristiana

«Aprovechando esta ocasión que se nos ofrece, queremos expresaros, Venerables Hermanos, a vosotros y a cuantos llevan el nombre de católicos, algo que hace tiempo venimos pensando...

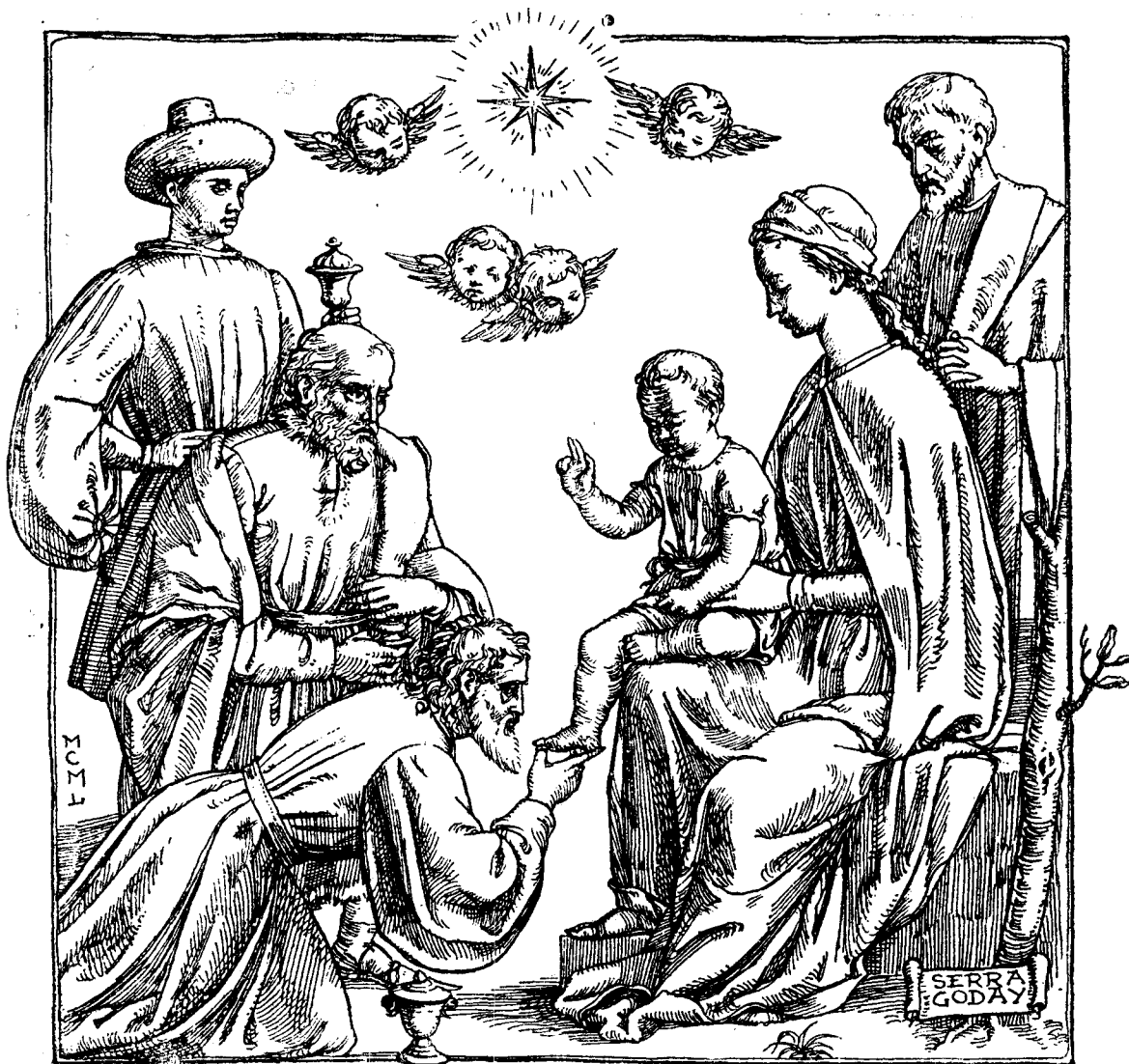
»Exhortamos e impelimos a todos a que en la abstinencia cristiana y en la abnegación de sí mismos, avancen voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada uno según sus propias fuerzas, según el estímulo de la divina gracia y según lo permitan los trabajos que desempeñe. Hay que llegar de esta manera a la consecución de muchas metas...

»Tenemos sumo empeño en que alcance plena eficacia esto que os decimos...

»... Quiera María, Asunta a los cielos, cuya alma y cuerpo desconocieron toda culpa, impetrarnos de su divino Hijo el cumplimiento de nuestra esperanza».

Nuestros próximos números:

Estarán dedicados a subrayar y dar a conocer con mayor detalle y desarrollo estas tres trascendentales consignas pontificias.



ES PRECISO QUE LOS FRUTOS DEL AÑO SANTO CREZCAN Y MADUREN

El mundo tiene hambre y sed de ellos.

Las necesidades y preocupaciones cotidianas emplean y agotan todas las energías de tantos corazones, que no encuentran ya ni tiempo, ni oportunidad, ni gusto para dar a su alma aquel mínimo que es un deber esencial de todo cristiano

Arrancar a estos hijos de la Iglesia de este estado de cómodo pero peligroso letargo es el deber urgente que ahora se impone al apostolado católico.

SAN JOSE ORIOL Y EL QUIETISMO DEL SIGLO XVII (*)

En esta cuestión, más que la figura secundaria de Petrucci reviste interés la del personaje de quien fué comparada, o sea la del propio Molinos.

Es dudoso que don Olaguer de Montserrat llegase a conocerle personalmente, y, si le conoció, no es verosímil que mereciese su atención. Las fechas hablan en este caso elocuentemente. Molinos llegó a Roma en 1665 sin características relevantes: beneficiado de una modesta iglesia valenciana y postulador de una de tantas causas de beatificación, no podía sin trato previo impresionar al Arceobispo de Tarragona, cuyas relaciones eran elevadas. En 1666 ya residía Montserrat en una prebenda metropolitana y era Juez del Breve en Cataluña. No hubo tiempo hábil para un contacto personal.

Pudo, en cambio, tener noticia de él a través del Oratorio Romano. Es un hecho comprobado que logró Molinos inspirar simpatía y atraer a su favor al P. Leandro Colloredo, de familia principesca (10), gran amigo que fué de Montserrat y elevado a la Púrpura Romana. El hecho de haber fallecido en las prisiones del Santo Oficio el P. Santa Croce indica que pudo haber sido grande su influencia en algunos individuos de la *Chiesa nuova*. La penetración en ella podía ser fácil, debido sin duda a recomendación del Oratorio de Valencia, que fué el primero fundado en España. Cuando Molinos fué enviado a Roma como postulador de la beatificación de persona fallecida en opinión de santidad, su fama había de ser óptima.

En cuanto a la persona de Molinos resulta exagerado decir, como se dice, que fué fundador de una secta de la cual, en todo caso, sólo fué dogmatizador. Para no recordar historia más antigua, baste decir que ya Alvaro Pelayo, en su libro *De Planctu Ecclesiae*, había combatido errores por él propugnados; proposiciones verdaderamente quietistas se leen en los escritos de Juan de Valdés, y el ingenio acre y sagaz del ilustre autor de los libros *de locis Theologicis*, Melchor Cano, las denunció, llamándolas de alumbrados, en el *Catecismo* de Carranza (11). No es posible que se inspirasen en Molinos autores como Lambardi (12), Juan de Bernières Louvigny (13), el piadoso ciego de Marsella Francisco Malaval (14), Rojas (15) y

otros que escribieron antes que él, ni que lo hubiesen leído siquiera la famosa Guyou ni su valedor el Arzobispo de Cambrai (16); ni siquiera los quietistas, secuaces de la Guyou, que posteriormente aparecieron en los medios protestantes de la Suiza románica, donde llegó a darse el caso chusco de ser profesado el quietismo en una Logia masónica (17).

Si con alguien de su siglo hubiésemos de comparar a Molinos, sería, a pesar de la diversidad de ideas, temperamento y carácter, con el famoso Abad de Saint Cyran, con la ventaja a favor de Molinos de no haber acumulado, como Du Vergier de Hauranne, a las cuotas de un canonicato, las de una Abadía; de no haber procurado el medro de ningún sobrino, y de haber sido escritor de mucho mayor fuste. La «Théologie familière» figura hoy en el índice Romano sólo como un recuerdo (18). La «Guía Espiritual», joya de lengua y de expresión tan feliz en su forma, que ha podido ser traducida a extraños idiomas sin perder nada de su nervio nativo (19), logró difusión por pocas obras igualada.

En la actuación, sin embargo, fueron singularmente parecidos. El amigo de Jansenio fué considerado como un oráculo en la dirección de espíritus; tuvo, por más o menos tiempo, relación e incluso buena amistad con San Vicente de Paúl, con la santa viuda de Chantal, con el Cardenal de Berulle, con el P. de Coudreau, con no pocos cardenales y prelados y llegó a deslumbrar al mismo Richelieu, que incluso pretendió, sin conseguirlo, valerse de su nombre y dictamen en la cuestión del dudoso matrimonio de Gastón de Orleans con la Señorita de la Marde-lière, la pobre Louison, madre del Conde de Charny, y que antes que Luisa de la Misericordia optó *pro optima parte* y murió religiosa ejemplar.

Igualmente el beneficiado de San Andrés no sólo hizo suyo a Petrucci, a cuya elevación tal vez contribuyó no poco para avalorar el instrumento que le había caído en manos, sino que gozó de la amistad y simpatía de otros Cardenales más avisados y expertos, de no pocos prelados, y llegó a dirigir, de hecho, numerosos conventos (20). Di-

(*) Véase CRISTIANIDAD, núm. 160, págs. 486 a 488.

(10) La familia Colloredo, radicada en el Imperio y luego en Austria ostenta actualmente el título de Príncipe de Colloredo-Mansfeld. Su historia nobiliaria puede leerse en cualquier *Almanaque de Gotha*.

(11) Menéndez Pelayo. *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Ed. MCMXLVII, IV, págs. 210 y ss.

(12) *Simplicita spirituale; Animae deploratio; Trattato dell'estenorità*. Si este Lambardi es el mismo que perturbó a los fieles de Perusa motivando la actuación del Cardenal Bichi, es de notar que este Cardenal tuvo relación con Cataluña por aparecer que le fueron dedicadas diversas obras, de las que hemos visto una edición de la Práctica de Peguera y el tratado de *Regaliis* de Ripoll.

(13) En el índice la traducción italiana de: «*Opere spirituali, onde fu cavato il Christiano interiore, ovvero Guida sicura per quelli che aspirano alla perfettione*». (Decr. de 19 de enero de 1692.) Bernières fué ortodoxo y modernamente se ha impreso «*Le Chrétien interieur*» con todas las licencias deseables.

(14) En el Índice: «*Pratica facile per elevare l'anima all' contemplatione, tradotta del francese in Italiano*» (Decr. 1 abril 1688). — *Lettre a M. l'Abbé de Foresta Colougue Vicaire Général de Mr. l'Eveque de Marseille* (Decr. 17 enero 1703). Tanquerey, que en su «*Précis de Théologie Ascétique et Mystique*» (París, Desclée, 1924), incluye en la Bibliografía a Bernières, a Guilloré y a Boudon, omitió, sin duda de intento, a Malaval. Es de recordar con esta ocasión el libro, hoy raro, compuesto principalmente contra él en 1687. «*Le quietiste ou les illusions de la nouvelle raison de quietude*».

(15) Prohibido también en su traducción italiana, «*Vita dello spirito, ove s'imposa a far oratione e unirsi con Dio*» (Decr. 20 noviembre de 1689). Este autor no fué realmente heterodoxo.

(16) Cft. «*Moyen court et très facile pour l'oraison, etc.*», y otras obras de Mme. Guyon y Breve «*Cum alias*», de Inocencio XII (1699). La personalidad del simpático Fenelón es verdaderamente curiosa. No cabe dudar de su cristiana piedad. No obstante, Lermínier inauguró con él la serie de escritores franceses laicos por cuanto no supo hallar en el famoso *Télémaco* pensamiento alguno propiamente religioso. (De l'influence de la Philosophie du XVIII^e siècle sur la législation et la sociabilité du XIX^e. — París, 1833.) Las obras de Mme. Guyon fueron reeditadas por el protestante Dutoit-Membrini, París, 1789-1791.

(17) Cft. entre muchos, André Favre: *Un théologien mystique Vaudois au XVIII^e siècle: Jean Philippe Dutoit*. Ginebra, 1911.

(18) *Théologie familière, ou instruction de ce que le Chrétien doit croire et faire en cette vie pour estre sauvé*.

(19) Menéndez Pelayo da noticia de varias traducciones de la *Guía* de Molinos, afirmando que no logró llegar a ver ningún ejemplar de ella en castellano. El traductor español Artaud de Monitor cita tres ediciones españolas: Madrid, 1676; Zaragoza, 1677, y Sevilla, 1685. (Historia de los Soberanos Pontífices Romanos... traducida por D. Antonio Renu y Cavé, Madrid y Barcelona, 1859; V. pág. 133). Modernamente (1933) la editó sin noticia alguna bibliográfica y con un desdichadísimo prólogo D. Eduardo Ovejero y Maury. Por curiosidad citamos la obra danesa, ya anticuada, de G. Scharling: *Mystikeren M. Molinos's Laere og Skjæbnen*, Copenhague, 1852.

(20) No juzgamos necesario repetir los nombres de los Cardenales que fueron más o menos amigos de Molinos, publicados, entre otros, por Menéndez y Pelayo. Empero, no podemos dejar de mencionar al cardenal D'Estrées, que lo era de los llamados *de corona* a solicitud o imposición del monarca francés y al mismo tiempo representante en Roma de Luis XIV. Fué D'Estrées el denunciador de Molinos, de quien había sido no sólo amigo, sino

cese que el mismo Inocencio XI le miró un tiempo con simpatía. Un brevísimo testimonio llena para nosotros el lugar de muchos. Nadie puede poner en duda ni la ortodoxia, ni el perspicaz ingenio, ni la lucidez de criterio del eximio autor de la «Biblioteca Hispana» y de la «Censura de las Historias fabulosas». Es Nicolás Antonio, que vivía en Roma al mismo tiempo que Molinos, quien le llama *virum eximie probum*.

Su proceder fué aun más cauteloso que el del francés y, además, el Santo Oficio Romano fué más perspicaz que el funcionario real que inquiría sobre el preso de Vincennes. Ya fuera bastante lo que hizo Molinos con lo impreso. En Valencia, donde anduvo muy sobre aviso, sin duda por temor a la Inquisición, se valió, para la obra que le atribuye Nicolás Antonio, a pluma ajena, encubierta, además, con pseudónimo (21). En Roma no tuvo prisa ninguna para la publicación de la «Guía espiritual»; dilató su impresión por diez años, de 1665 a 1675, o sea hasta que tuvo crédito bien consolidado (debió, no obstante, correr manuscrito y bajo mano, con mucha anterioridad), y aun así aparentóse que la publicación era debida a un tercero, a Fr. Juan de Santa María y que el autor sólo había consentido en ella... por obediencia.

Cierto es que en la famosa «Guía... que desembaraza el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz», y no sirve más que para confundirla y hacerle perder el buen sentido que Dios le haya dado, se contiene ya claramente la doctrina molinosista, expuesta, empero, con verdadera habilidad, para no herir de frente a conciencias algo rectas. Empero, con Molinos no basta con las obras impresas. Es necesario leer con detención la Bula «*Cælestis Pastor*», la cual hace hincapié en los manuscritos, advertencia necesaria por cuanto multitud de proposiciones condenadas, y entre ellas, para no prolongar las citas, una diabólica interpretación de un pasaje del libro de Job, no se hallan en la Guía. El cauto heresiarca hacía múltiple juego. Según quién fuese su interlocutor o corresponsal, entreteniale con recitarle piadosas oraciones y con citas copiosas de místicos renombrados; tenía bastante con apartarle de los escolásticos y en avezarle a la *iluminación interior* (22). De ahí su predicamento en no pocas comunidades religiosas o individuos de ellas. Con otros, empero, era más franco y a un tiempo más secreto; para ellos eran las proposiciones confesadas como propias y no aludidas siquiera en las obras impresas. Basta su lectura para comprender que podían iniciarse, de una parte, herejías peligrosas, y formarse, de otra, una nueva secta de *Begardos*, nombre del cual, con una pequeña modificación, había la lengua castellana formado un sabroso adjetivo.

Molinos evitó, o no logró, reunir clientela de españoles; parece que se halló a distancia de los más calificados o que inspiró sospechas, por cuanto, característica bien española de aquel tiempo, se puso en duda su limpieza de sangre y se le tildó, sin éxito, de *alumbrado*. Por los mismos españoles residentes en Roma, la Inquisición española, harta ya de falsos místicos, y por ello suspicaz hasta con los verdaderos, había de tener noticias de las andanzas del *Postulador*, sin que, empero, tuviese facultad ninguna para proceder, en Italia, y precisamente por

su condición de español eran de temer, por lo menos, repercusiones del movimiento.

Aprovechó para ello la primera ocasión que le pareció tener a mano, con la fundación barcelonesa del Canónigo Montserrat, quien, además de tener relaciones sospechosas en Roma, como Juez que era del Breve, celoso de su competencia, sostenida más de una vez con tesón, había de ser persona cuya humillación no había de ser ingrata. El golpe resultó en falso. Cataluña ha podido tener de su tierra, de su raza y de su lengua místicos insignes, en verdad poco numerosos, pero no ha sido tierra de *alumbrados*, no es su gente abonada para prescindir del valor racional del pensamiento y de las doctrinas. Con llamarse *iluminado* a Ramón Llull no cabe decir que disminuyese el valor de la razón y que fuese hombre de *quietud* ni amigo de coloquios a puerta cerrada. En Barcelona publicó su muy excelente «*Mística Theologia Divi Thomæ*» en 1662, Fray Tomás de Vallgornera. No cabe tampoco olvidar que fué en esta bendita tierra donde fué, por lo menos, concebido, por quien fué providencialmente a ella llevado, el áureo libro de los *Ejercicios*, que la Iglesia ha hecho suyo.

Sin embargo, el éxito de la causa de Montserrat, indudablemente divulgado en Roma, pudo indirectamente contribuir al crédito de Molinos. Más que el proceso, fué conocido el resultado. Quien podía parecer de su escuela había sido absuelto por el Tribunal más riguroso en la materia.

A fines de 1684 y en 1685 todo había variado. Quien andaba receloso y vigilante, e incluso suspicaz, era el Santo Oficio Romano. La situación era confusa. El solo hecho de haberse hallado encartado en un proceso, su relación con determinados personajes romanos, incluso con el Padre Colloredo, había de hacer, si no sospechosa, inoportuna la presentación del doctor Montserrat para la mitra de Vich. Su elevación podía repercutir malamente en Roma más que en España. Pudo, ciertamente, Montserrat haber declinado la propuesta, pero no nos parece tal declinación espontánea, por cuanto, pocos años después, en 1689, cuando las circunstancias habían ya cambiado y se le hizo justicia o reparación, aceptó el Obispado de Urgel. La Santa Sede halló para Vich a persona que le era bien conocida y de quien podía fiar, al Auditor don Antonio Pasqual. Siguióse entonces para una diócesis lo que deseaba Santa Teresa, y no quería Molinos, para los confesores, que fuesen *letrados*. Y don Antonio Pasqual era un gran *letrado*, superior al mismo Montserrat, que no lo era, en su tiempo, mediocre.

Con el motivo dicho, es lógico que se hallase Montserrat preocupado por su propia situación e indudablemente también por la de sus amigos romanos, principalmente del Oratorio, al cual no podía reputarse ajeno el Cardenal Petrucci. No le era dable al Canciller de Competencias realizar el viaje a Roma. Nadie mejor que un amigo obscuro, con el pretexto de una pretensión modesta, para enterarse bien de la confusa situación Romana. Oriol, que había intervenido en el proceso de 1675, cuya fidelidad al Oratorio se hallaba bien probada y cuya capacidad y discreción no ofrecían duda posible, resultaba indicado para ello. Podía no sólo hacerse cargo de los acontecimientos, sino también enterar y advertir a quien fuese pertinente.

Por no existir documentos más concretos, es claro que no caben más que conjeturas. Pero fundada conjetura es que en Roma hubo de conocer y trabar luego gran amistad precisamente con quien era ya amigo antiguo de Montserrat, el beneficiado de Perpinyá, José Balma, residente desde hacía años en Roma, donde, con toda probabilidad, tenía el oficio de agente de preces y comisiones y conocía bien la Curia. Lo es, asimismo, el hecho de su conocimiento personal de Petrucci; si vió a éste y al Prelado Liberati, es lógico que viese a otros con quienes tenía Montserrat

fautor, publicando o haciendo publicar la traducción italiana de la «*Pratique facile pour élever l'âme à la contemplation*», de Malalal. Al denunciarle por mandato de su Corte, cometió la vileza de decir, en justificación de lo que no podía negar, que había sido su amigo, pero fingido, con el propósito de descubrir sus marañas. Estaba en el seno de D'Estrées ser, fingido o no, amigo de heterodoxos; en su casa donde vivía, murió en 1678 Juan de Lannoy

(21) *Bibliotheca Hispana sive Hispanorum... qui post annum saeculare MD usque ad praesentem diem floruerunt*. Roma, 1672. Acta: Joannes Baptista Catalá. Tomo I, pág. 488.

(22) Menéndez y Pelayo. Ob. y ed. citadas, pág. 265.

PLURA UT UNUM

más estrecha relación, seguramente al mismo Colloredo, elevado al Cardenalato durante la permanencia de Oriol en Roma (23).

De gran trascendencia y alegría debió de ser el acontecimiento para el Oratorio Romano y sus amigos. Si algunos de sus miembros resultaban encausados, la promoción del otro apartaba a la Institución de la atmósfera turbia del proceso.

El fin de la causa de Molinos podía ser presumido mucho antes de que la Congregación del Santo Oficio la resolviese con el decreto de 23 de agosto de 1587, el cual había de tener, en 3 de septiembre siguiente, en la iglesia de la Minerva, el público y aparatoso cumplimiento que cuenta Menéndez Pelayo (24). San José Oriol no tuvo la curiosidad de esperar este desenlace.

La tardía correspondencia del sacerdote Balma nos da noticia de varios amigos comunes que cuando el viaje de Oriol residían en Roma, y de sí mismo. Todos los citados por Balma lograron situación eclesiástica más elevada que la del Santo. Los hermanos don José y don Onofre Delfau, de familia de burgueses honrados de Perpinyá, obtuvieron Arcendianales en la Catedral de Barcelona; el doctor Jerónimo Enveja, un canonicato en la misma Sede, y el doctor José Bosch la dignidad de *Sacristá* en la de Vich. Don José Delfau, Doctor en Leyes, murió en 1694, dejando la mayor parte de sus bienes para una obra de misiones que tenía erigida la Compañía de Jesús en su Colegio barcelonés de Belén. El doctor Enveja acrecentó la fundación de la Casa de Misión de San Vicente de Paúl, debida a don Francisco de Senjust y Pagés, Canónigo primero de Urgel y luego Arcediano de Barcelona, varón de vida penitente, amigo también de Oriol, con quien tenía común confesor (25). El doctor José Bosch tomó parte activa en las luchas políticas de su tiempo a favor de Carlos de Austria, por cuya causa dió, al parecer, bienes y vida (26). El círculo más íntimo de Oriol no era, ciertamente, *quietista*.

Menos clara se manifiesta la situación del propio corresponsal de 1698 y 1702. El sacerdote José Balma se halla viejo, enfermo y en aislamiento, que no parece causado únicamente por sus achaques. Su pobreza lleva a ser extremada, ya que la caridad de Oriol, que poco o nada necesita para sí, ha de socorrerle delicadamente. La indole excelente de su espiritualidad no ofrece duda ya que es el propio Oriol quien tiene con él no poca expansión, y aun parece que era su confidente. Las consecuencias de los procesos de 1687 duraron largo tiempo, y es posible que alguna salpicadura llegase hasta Balma, si no como encarado, que al parecer no lo fué, si como relacionado con algunos que lo fueron, y que su relación, sostenida de buena fe, le hiciese caer en desgracia.

Dice un párrafo de una carta citada de 2 de noviembre de 1698, contestando a una indudable confianza de Oriol, posiblemente el don de curaciones: «Porque no dudo que al irse descubriendo la gracia del Señor le sucederán a usted varias cosas, mas en todo es necesario sujetarse al divino querer y contentarse con lo que la divina Provi-

(23) No hemos podido averiguar si fué Colloredo Cardenal de corona o no a solicitud del Emperador, o de libre designación pontificia. Incluso las luchas meramente ideológicas revestían un matiz político.

(24) Heterodoxos, ed. cit.

(25) P. Nadal, vol. I, pág. 222 y 226; y Felú de la Peña: *Anales de Cataluña* (Barcelona, 1709), vol. III, pág. 518 y 606.

(26) Cít. Felú de la Peña, ob. y vol. cit., pág. 532 y 539.

dencia ordenará, pasando por infamia y por buena fama. Los dones de Dios siempre se dan, unos para utilidad del que los recibe y otros para la del prójimo; y aunque éstos no santifican el alma de a quien se dan, le proporcionan, si, ocasiones de santificarse.»

Tienen estas frases verdadero sabor de amarga experiencia personal, como si quien escribe hubiese experimentado en sí mismo lo que previene.

La cuestión quietista no fué desconocida en Cataluña, pero no parece lograrse arraigo ninguno. Cuando la obra de Molinos fué conocida, fué impugnada. Recién publicada la «Guía Espiritual», escribió contra la misma el Agustino Fray Francisco Carmitg, pero su obra de teología mística quedó manuscrita y es actualmente desconocida (27). Como curiosidad puede ser citado el Cartujo don Jerónimo Espert, Prior de *Scala Dei*, quien dejó también manuscrito un tratado «*De Theologia Mystica super S. Dionisium Areopagitam*» y tenía preparada una nueva versión de las obras del Pseudo-Dionisio (28). Pocos meses después de la Bula «*Cœlestis Pastor*», a principios de 1688, el impresor barcelonés Rafael Figueró editó una versión castellana del tratado del P. Segneri «*Accordo dell'azione e del riposo nell' orazione*» (29).

En el mismo año de la condena de Molinos, en 1687, tuvo principio la prohibición de las obras de la religiosa catalana Sor Hipólita de Jesús de Rocaberti, en el siglo, Isabel, perteneciente a la ilustre familia de los vizcondes de su apellido y condes de Peralada, fallecida en 1644 (30). Los decretos de la Congregación del Índice se continúan hasta diciembre de 1700 y abarcan casi toda la producción de la monja dominica. Entre sus obras hay algunas de título verdaderamente chocante (31), pero, a nuestro juicio, nada tienen que ver con el quietismo. Roma fué dura no solamente con las obras de Sor Hipólita, sino, de refilón, con su editor, sobrino de la autora y nada menos que Fray Tomás de Rocaberti, Maestro General que fué de la Orden de Predicadores, Arzobispo de Valencia, Inquisidor General por algún tiempo y editor también de la «*Bibliotheca maxima Pontificia*» (32) y gran defensor del derecho y prerrogativas de la Sede Apostólica (33). Sor Hipólita había publicado en vida una sola obra (34). El Arzobispo había recogido las inéditas, y alrededor de 1682 las hizo imprimir en Valencia.

Dr. José Oriol Anguera de Sojo

(Continuará)

(27) *Tractatus quisnam sit actus Mysticae et perfectissimae contemplationis quo altissime et perfectissime ducatur irator ad perfectissimam et mysticam unionem cum Deo.* (Cít. Torres Amat, página 164.)

(28) Torres Amat, pág. 224-225.

(29) *Concordia entre la quietud y la fatiga de la Oración, propuesta por el M. R. P. Pablo Señeri, de la Compañía de Jesús, en la respuesta de una Carta a una persona Religiosa. Traducida de Italiano en Español un Religioso de la misma Compañía. Hase añadido en esta traducción una breve noticia de la secta de los Quietistas, con las Propositiones de Molinos que el author impugna, y la Santidad de Innocencio XI ha condenado. Año 1688. Con licencia: En Barcelona, por Rafael Figueró, a la calle de los Algodoneros.*

(30) Torres Amat, pág. 552.

(31) *De los sagrados Huessos de Christo Señor nuestro - Tomo primero y segundo - Tercera parte de las Alabanças de los divinos Huessos, dividida en VII libros.*

(32) Colección de veintitún volúmenes in folio, impresa en Roma, 1695 a 1699.

(33) *De Romani Pontificis Auctoritate.* Valencia, 1693-1694, tres volúmenes.

(34) *Tratados espirituales o viaje a la espiritual Jerusalén.* Barcelona, por Pedro Juan Dexeu, 1646, 2 vol.

EL «EXTASIS DE JUANA DE VALOIS» de Boucher

«Elle est une de ces héroïnes silencieuses... «La vie de Jeanne porte enfin le sceau de son union avec le Christ. Cette union l'imprègne, jusque dans les profondeurs de son âme, de grandeur héroïque.»

(Del discurso de S. S. Pio XII a los peregrinos franceses, 29 mayo.)

CRISTIANDAD, tan estrechamente vinculada a «Schola Cordis Iesu», no puede pasar en silencio, más exactamente, dejar de unir su voz al general júbilo por la solemne canonización de quien se nos muestra como figura delicada de la devoción al Corazón de Cristo en sus primitivas manifestaciones prealacoquianas. Una pretérita alusión, incidental, desde las páginas de esta misma revista (1), hallará la oportunidad de su exhumación y glosa en la presente coyuntura.

Vida intensamente trágica la de la reina de Francia, apreciada con ojos humanos: deformidad física congénita, objeto de aversión por parte de su padre, de su esposo; esterilidad, repudio. Mas en el reverso, vida intensamente espiritual, que en la soledad de Bourges habrá de encontrar místicas consolaciones a su dolor y sentir la maternidad fecunda que le otorga la fundación de una orden religiosa. Ella, hija, hermana, esposa de reyes, nos lo dice:

«Filia Francorum regis, soror, unaque conjux,
Et non pulsa toro, Iohanna ego mater eram» (2).

Compréndese sin esfuerzo alguno, siguiendo la formación religiosa de Juana de Francia, cómo en la pasión de Cristo y en el amor de Cristo buscara refugio su tribulación. Pensemos en lo que significa el siglo xv bajo este aspecto. Es la exaltación del drama sacro puesto al rojo vivo, y es, asimismo, la posesión definitiva de aquel hallazgo, tras anteriores balbuceos y a través de la Llaga del costado, del gran Corazón como símbolo del gran amor. Conviene situar la Santa en su ambiente. Inmersa en una mística sentimental que tiene como foco la meditación de los sufrimientos de Jesús en su pasión y muerte, podemos considerarla, ciertamente, como fervorosa de su Corazón, siempre que lo entendamos en la forma primigenia de la devoción, es decir, en su inmediata derivación de la Llaga del costado. Su propia adscripción dentro del franciscanismo vendría a corroborárnoslo. Piadosa terciaria franciscana, tuvo por consejeros espirituales a un San Francisco de Paula y al también franciscano B. Gabriel-María (Gilbert Nicolai). ¿Y no resultaría, por otra parte, elocuente, de ser exacta, la circunstancia de que llevara la imagen de las Cinco Llagas en su escudo de armas? (3).

Pero hay más. Por aquellos años del último tercio del siglo xv (1492), el Papa Inocencio VIII obtenía de Bayaceto el supuesto hierro de la lanza con que fué atravesado el costado de Cristo. Tal reliquia, auténtica o no, despertó el entusiasmo de la cristiandad y dió lugar a la propagación de inúmeros grabados alusivos al hierro de la lanza y a la herida del costado, figurados con sus dimensiones



reales o proporcionales: «Istud cor transfixum est cum lancea Domini nostri Iesu Christi.» Pues bien, la propia Juana de Valois se nos aparece como autora de una acuarela con una representación de este género, conservada hoy en relicario del arzobispado de Bourges (4).

Precisa señalar, empero, otro aspecto, tal vez más interesante desde el ángulo de la devoción cordicristiana. El Corazón aislado, visto como símbolo de amor, independientemente de la Llaga del costado, tiene también su expresión en Juana de Valois. Es aquella unión perfecta, aquella fusión de su corazón con el de Cristo de tal manera íntima, que, arrebatada la Santa, en cierta ocasión, en éxtasis, busca inútilmente la entraña dentro de su pecho para ofrecérsela al Amado, y no acierta a encontrarla, porque su corazón se halla adherido, identificado, formando uno solo con el Corazón de Jesús (5). No parece sino que nos traslademos, a través de este pasaje, ante una nueva Matilde u otra Gertrudis de Helfta, de siglos anteriores.

* * *

El «Éxtasis de Juana de Valois», de Jean Boucher, que se conserva en el Museo Berry, de Bourges, y cuya reproducción, en dibujo, ofrecemos a nuestros lectores (6), re-

(1) CRISTIANDAD, núm. 30, pág. 273.

(2) P. Guérin, «Les Petits Bollandistes», París, 1888, vol. II, pág. 262-268. — R. de Maulde, «Jeanne de France, duchesse d'Orléans et de Berry», París, 1883; etc.

(3) P. A. Hamon, S. J., «Histoire de la devotion au Sacré-Coeur». París 1934, vol. II, pág. 249.

(4) P. A. Hamon, S. J. idem. idem. pág. 250.

(5) Obras anteriormente citadas, y P. J.-V. Bainvel, S. J. «La devoción al Sagrado Corazón de Jesús», versión castellana por el P. Sáenz de Tejada, S. J. Barna. 1922, pág. 209.

(6) Agradecemos públicamente a Mr. Faviero, Conservador del citado Museo, su amabilidad en proporcionarnos una excelente fotografía del cuadro.

PLURA UT UNUM

coge el momento de la visión. La Santa, en su arrobamiento, ve el Corazón Sagrado, surmontado de una cruz, herido y circundado de corona de espinas, que le señala la Virgen, hallándose San José al lado opuesto en actitud de adoración y apareciendo en la parte superior el Padre Eterno; la figura que juega «pendant» con la de la Santa ha sido identificada por Bainvel como la del abate de San Sulpicio (?).

Al margen de toda disquisición de orden crítico-artístico, importa destacar aquí el valor de la pintura desde un enfoque iconográfico y devocional. En primer lugar, nótese que la composición no es fiel trasunto del éxtasis. No es rigurosamente descriptiva. El relato hagiográfico nos habla de un místico convite de la Santa con Jesús y su Madre, en el curso del cual le son presentados dos corazones y se le requiere a entregar el suyo, que ella inútilmente busca dentro de su pecho. El artista ha interpretado libremente la aparición, o ha recibido otras orientaciones para expresarla.

Pero el cuadro es de un interés extraordinario. No precisamente por la personalidad, poco acusada, del artista de Bourges (7), sino por haber sido datado del 1604, centenario de la muerte de la hoy Santa. Es, ciertamente, una innovación en el arte de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, el tema de los éxtasis, que se corresponde a lo que ha sido definido como «invasión mística» en la literatura (8). Si digno de comentario fuera este aspecto, tampoco, empero, radica en él, principalmente, el valor de la obra. Lo que resulta sorprendente, «troublant», según el Padre Hamon, es la manera cómo figura representado el Corazón de Jesús. «¿De dónde —se pregunta el religioso

(7) El pintor Jean Boucher ha sido frecuentemente confundido con otros artistas del mismo apellido, e incluso del apellido Bouchier. Confrontar E. Benezit «Dictionnaire des Peintres...», vol. I, París, 1911, pág. 700, con A. Siret, «Dictionnaire... des Peintres», vol. I, 1883, pág. 128; «Bryan's Dictionary of Painters and Engravers», vol. I, 1909, pág. 177; y Künstler «Lexikon», vol. II, pág. 122.

(8) E. Mâle, «L'Art religieux après le Concile de Trente», París, 1932, p. 151-201.

jesuita— ha tomado Jean Boucher la idea de representar el Corazón de Jesús tal como Santa Margarita-María, ochenta y un años más tarde, lo hará venerar a sus novicias? Hay aquí un problema cuya solución no veo. Nunca Santa Margarita-María había estado en Bourges; jamás se ha encontrado la menor alusión al cuadro de Bourges, o a una reproducción de este cuadro, hasta el siglo XIX» (9).

Sin movernos del ámbito de la Santa, recordemos que existe aún otra pintura, de autor anónimo, que se considera algo anterior, y que hace referencia a una visión del P. Gabriel-Maria, confesor que fué de Juana de Valois, según se ha dicho, en cuyo cuadro aparece también la Santa delante de un Corazón glorioso (10).

Tales manifestaciones iconográficas se nos antojan las incipientes de una serie que irá desenvolviéndose y que, ligeramente evolucionada en su sentido, derivará en el tipo de las representaciones que podríamos llamar de *glorificación o apoteosis* del Corazón de Jesús, o acaso, con un lenguaje y espíritu más cristianos, de *adoración* del Corazón de Jesús, en las que este Corazón se nos muestra como el motivo central de la composición, viéndosele rodeado de santos y fieles que le tributan homenaje. Su apogeo hallase en el siglo XVIII, y generalmente descubren la influencia jesuítica en los personajes acompañantes; pinturas y grabados cuyo máximo exponente lo tenemos, entre nosotros, en aquel magnífico lienzo de Pedrola (Zaragoza), debido al pincel de Bayeu (11).

José M.^a de Solá-Morales

(9) Obra y vol. citados, pág. 251.

(10) Este cuadro se hallaba en el convento de las Anunciadas de Boulogne; posteriormente en Drouves. Ver para más detalles las obras citadas del P. Bainvel, pág. 210, y P. Hamon, vol. II, pág. 251. — Ignoramos las características que presenta el Corazón aquí figurado.

(11) De él habla el P. Coloma en «Retratos de antaño», tomo II, pág. 133 y siguientes, tomo X de las obras completas, Madrid, Ed. «Razón y Fe». El Dr. Sinués, Pbro., ha escrito un bien documentado estudio del mismo en «El Mensajero del Corazón de Jesús», 1942, N.º 662, pág. 157 y siguientes.

Ahora más que nunca debemos orar...

La Cruzada de Oración y Penitencia no debe ser considerada como una obra de supererogación.

Porque las necesidades y perturbaciones del tiempo actual, puesto que tienen su raíz en que el género humano se ha apartado de Dios y de su Ley, **no podrán ser sanadas si los hombres no se convierten a Dios y hacen penitencia.** Pero hasta ahora tal retorno a Dios apenas se ve.

* * *

Por esto ahora más que nunca debemos orar. No sabemos lo que nos traerá el tiempo futuro, pero ninguna persona prudente pone en duda, **que se exigirán de nosotros grandes sacrificios y mucha oración para evitar o para soportar los males.**

Instruir a los cristianos, prepararlos, confirmarlos, para que con su oración y su penitencia aparten el mal inminente, o si Dios lo dispone de otro modo, lo soporten con fortaleza, es tarea apostólica sumamente necesaria.

La Dirección General del Apostolado de la Oración

NOTAS SOBRE LA DEMOCRACIA

I

Actualmente vive el mundo una época esencialmente «fetichista» en que los prejuicios tienen un arraigo y, sobre todo, una extensión extraordinaria, como quizá nunca han alcanzado. Esta afirmación, que puede causar extrañeza, dado que uno de los grandes falsos principios de la época es la autoconvicción de imparcialidad y apreciación objetiva de los hechos, tiene una explicación bastante lógica, basada en dos factores. El primero es el de los poderosos medios de propaganda y difusión artificial de ideas con que hoy se cuenta, gracias no sólo a los instrumentos materiales, producto del progreso técnico, como la imprenta, la radio, la televisión y los rápidos medios de transporte, sino a la «estatificación» de la propaganda en regímenes de todos los colores políticos, que permite utilizar en toda su amplitud esos elementos. Es el segundo la vulgarización del cientificismo, que hace mucho más arraigados los principios al hacer creer que se asientan en la propia razón, convirtiendo a cada hombre en un ser con toda la suficiencia del que cree que piensa, y la docilidad de que se admiten como dogmas opiniones ajenas poco o nada cualificadas. De este modo, lo que en otros tiempos tenía una difusión limitada y un ámbito reducido, ahora llega a todas partes y crea mitos colectivos de una extraordinaria fuerza. Así se ha verificado la transformación de lo individual en colectivo, y del prejuicio basado en la creencia de las afirmaciones ajenas en el que se funda en la convicción del aparente propio raciocinio. Esto es lo que puede llamarse «prejuicio racionalista», que constituye indudablemente el más grave de todos los prejuicios, porque implica, en cierto modo, un acto de soberbio, al paso que los antiguos mitos se construían sobre una actitud humilde de ignorancia consciente: de fe.

Estamos acostumbrados a ver oponer a los siglos de la razón, de las luces y del cientifismo, los siglos del oscurantismo, del dogmatismo religioso y de la esclavitud intelectual. Hora es ya de acabar con ese error y expresar la realidad de que muchas creencias propias de nuestra época se asientan sobre prejuicios colectivos, en forma tan extensa y arraigada como los de cualquier otra. Así es cómo deben considerarse, por ejemplo, las propagandas bélicas en que el enemigo no tiene virtud ni cualidad alguna, como recientemente se ha visto y aun se continúa observando en los «films» de postguerra, y de lo que es un ejemplo característico la frase de Kenneth Lindsay, brillante educador y político británico, que en un libro, bueno, por otra parte, sobre la educación inglesa, sostiene con probable buena fe que las juventudes alemanas e italianas son simplemente «hordas militarizadas». También esa explicación puede darse para justificar la fe ciega en el paraíso comunista, que no sólo alcanza a pobres obreros, a quienes es fácil engañar con una falsa esperanza en medio del infortunio, sino a muchos dirigentes políticos de todo el mundo que han mostrado confianza en Rusia sólo por el matiz izquier-

disto y «avanzado» de su política, a pesar de todas las razones fácilmente perceptibles para lo contrario que lógicamente debían haber prevalecido. Del mismo modo debe considerarse, en un plano todavía más peligroso, la sumisión ciega e incondicional a consignas políticas como la *democracia* y tantos otros ídolos que crean un fetichismo en la vida actual, causa de los grandes fallos del pensamiento colectivo.

Ya se ha apuntado la importancia que podía tener en la explicación de esos fenómenos la propaganda, arte en el que se ha alcanzado en los últimos tiempos un progreso extraordinario, llegándose a crear verdaderas conciencias colectivas «prefabricadas» (1).

La máxima creación en el pensamiento actual de los factores a que se ha hecho referencia es el mito de la *democracia*, el gran ídolo de la época moderna —de más trascendencia aún que el mito de la Libertad en el siglo XIX, del que en realidad es una simple consecuencia. Ante él, y en el momento actual, existe una imponderable obligación de rendirse sin posibilidad de análisis racional, si se quiere permanecer entre las personas que tienen derecho a la plena capacidad de obrar en la sociedad moderna. En estos muy últimos tiempos la democracia se ha convertido en una palabra «mágica», a cuyo amparo se justifica toda injusticia y a cuyo conjuro puede colgarse un sambenito infamante a hechos inspirados en el mejor espíritu o en auténtico sentido de orden. Con el adjetivo «democrático» se ha conseguido introducir un nuevo elemento de valoración, no ya político, sino moral, que en muchos casos sustituye a los calificativos primarios de «bueno y malo».

Los problemas que plantea la democracia y la determinación de su naturaleza exacta es preciso que se afronten en toda su extensión, para así fijar una posición racional frente a ella y determinar la relación de sus principios con los de índole religiosa, moral y política que han servido para el gobierno de los pueblos. A este objeto, aunque con limitada ambición —más para someter a discusión unas reflexiones hechas en momentos de preocupación por estos problemas que para dogmatizar en estas materias—, se dedica este artículo y los que a él seguirán.

Para comenzar este estudio de la democracia se hace necesario fijar su concepto, o al menos lo que nosotros vamos a entender por ello, sin profundizar si es el más exacto de un modo terminológico. Pero antes de esto es conveniente referirse a dos características que aparecen en la «democracia», una que puede considerarse accidental, y la otra esencial, derivada de su propia naturaleza.

(1) Es interesante señalar una cualidad muy característica de la propaganda, la que es la dificultad en la delimitación de sus efectos que muchas veces se vuelven contra los mismos que la usan. Así, por ejemplo, el contenido ideológico que se ha querido dar a la última guerra mundial mediante la utilización de una propaganda contra Alemania, ha tenido sin duda repercusión en el triunfo del laborismo inglés y en la difusión de principios con un matiz demagógico que hoy perturba gravemente a los mismos que los lanzaron para combatir al fascismo.

PLURA UT UNUM

La primera es la de su generalización y vulgarización. En efecto, cualquiera puede observar como todo el mundo habla de democracia, se apoya en la democracia para atacar o defenderse, ofende negando la cualidad de democrático y encomia adjetivando de este modo. A la democracia se refieren, para defender sus posiciones, sabios y simples, toscos y refinados, hombres y mujeres, negros y blancos, liberales y totalitarios, e incluso católicos y no católicos.

Es tanta esa generalización y la fuerza penetrante de este hecho, que hasta los que se creen sus enemigos y llegan a luchar contra él se dejan deslumbrar por su brillo, y en cierto modo dan la razón a los que combaten, y aspiran a dar la impresión de que actúan dentro de la disciplina dogmática de la democracia. Coincide esto, paradójicamente, con la más dislocada anarquía en la dogmática democrática, que como todos los mitos tiene muchos pontífices que se atribuyen la facultad monopolística de interpretar su contenido, de modo casi siempre paralelo a sus intereses materiales y concretos. Tal es el caso de Rusia, en que la democracia es lo que a ella le conviene: la tiranía en unos casos, para los pueblos dominados; el libertinaje en otros, para los que quiere conquistar.

La otra característica es la de la imposibilidad de su aplicación coherente, derivada de su falta de construcción lógica, que ha hecho que el español, que es instintivamente lógico en su pensamiento —de ahí su carácter extremo—, sea el que con menos calor, si es que con alguno, haya acogido los principios democráticos. Esta característica es una cualidad esencial de su naturaleza, que se deriva de su construcción artificiosa de origen exclusivamente humano y opuesta a la esencia de un verdad superior que la rija.

Los principios democráticos nunca se aplican en toda su extensión, sino que contrariando a la estricta lógica, se suspende o evita su aplicación en muchos casos. Como pruebas de este aserto cabría citar: la discriminación racial en los Estados Unidos y Sudáfrica; la religiosa en los países escandinavos; la política en las zonas de ocupación alemanas, y, sobre todo, en Francia, que después de haberse pasado muchos años justificando todos los delitos polí-

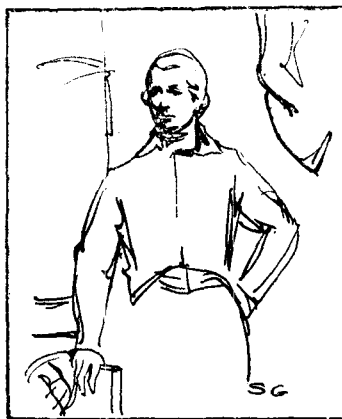
ticos, dando amparo a los que los cometían y manteniendo la bandera de la libertad de pensamiento, hoy día, después de seis años de finalizar su ocupación por el enemigo, sostiene una política persecutoria respecto a los que defendieron una determinada actitud, que, equivocada o no, entraba dentro de esa libertad de criterio político tan defendida para los demás, no sólo en el pasado, sino en el presente, en relación a España. Todavía pueden citarse otros casos de la más absoluta «antilógica» en la interpretación democrática, como el reciente de Bélgica, en que sólo se considera democrática la voluntad de los antileopolistas, aunque estén en minoría, y todos los países democráticos, por un simple sentimiento de hostilidad al rey Leopoldo, lo encuentran absolutamente correcto; y la posición que se adopta al enjuiciar la Alemania nacional-socialista, estimando que la voluntad de la mayoría del pueblo alemán carecía de importancia para calificar de democrático su régimen, siendo, en cambio, necesario que se hubiese tenido en cuenta la opinión de unos pocos exiliados.

Esta falta de lógica tiene, en algunos casos, como explicación la desviación voluntaria, generalmente tendenciosa, al aplicar las normas democráticas, pero en otros casos procede de la imposibilidad de aplicación, que chocaría con preceptos de derecho natural, que por grande que sea la soberbia personal del hombre no puede dejar de reconocer. Y es que por mucha fuerza que se dé en la política a la voluntad de la mayoría es preciso admitir que existen normas superiores a las que no puede modificar.

Esta característica que estamos señalando tiene su explicación en la esencia misma de la moderna democracia, que en otro artículo abordaremos, que es un intento para construir una moral y un orden social al margen de la idea orden social, para lo que deberán relegarse las preocupaciones religiosas al plano de lo psicológico-individual. En la teoría, esta construcción se basa en la voluntad colectiva de los hombres como medio único posible de gobernar; en la realidad, constituye la inmensa aventura arreligiosa del hombre moderno. Este acto de esencial apostasía en-



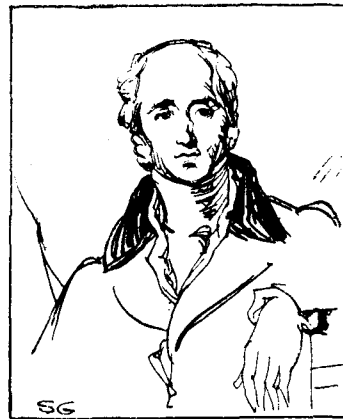
Pitt, el viejo



Pitt, el joven



D. de Wellington



Grey

cuenta, por otra parte, barreras lógicamente infranqueables para cuya superación es necesaria la «función social» del mito. De ahí la gran trascendencia de la misión de descubrirlos y poner en claro la actual teoría de la democracia, principal mito antirreligioso del siglo xx.

Después de las anteriores notas conviene delimitar el contenido del concepto «democrático», como punto de partida en la tarea de enjuiciar cualquier principio o posición que se conozca con su nombre, ya que en otro caso nunca se llegaría a consecuencias de interés general, ni en la discusión a un acuerdo, por muy buena que fuese la disposición de los contendientes. Una delimitación, siempre necesaria, es por completo indispensable en este campo en que la confusión terminológica y conceptual es extraordinariamente grande.

Sería larga y prolija la relación de todas las posibles significaciones que pudiera darse al vocablo «democracia». Basta, por el contrario, referirse a dos de ellas: la *clásica*, y, en nuestro juicio, recta —por no estar basada en el capricho interpretativo—, que la identifica con «gobierno del pueblo», o sea el ejercicio por todos los ciudadanos, a través de sus representantes, de las funciones estatales, y la *anglosajona*, que es la que al objeto de este artículo, tiene verdadero interés por presentar la interpretación más característica de la versión moderna de este concepto, que, aun cuando pueda pensarse que es impropia en el campo de la filosofía del lenguaje, debe aceptarse como expresión de un hecho real. Para los anglosajones, la democracia es un conjunto de normas de vida que se basan en el derecho de cada uno a la máxima libertad en todo lo que no interfiera los intereses o la libertad ajena, y que, en un sentido político, se corona con un sistema de mutua transigencia en que se gobierna de acuerdo con la voluntad de la mayoría. Creo que en esta definición está recogido con bastante claridad y fidelidad lo que entiende por democracia el hombre medio, cultivado, sin ser un especialista en la materia, de los países democráticos por excelencia, entre los

que no se incluye a Francia ni a Italia a pesar de sus regímenes parlamentarios, porque el extremismo latino les puede llevar a realidades prácticas distintas a las de los otros pueblos, aunque quizá en la teoría se identifiquen. Por supuesto, tampoco debe incluirse a Rusia ni sus interpretaciones de la democracia, en las que al faltar el espíritu de sinceridad no existe el valor para este trabajo. Sin embargo, puede ser conveniente recoger el sentido de democracia en el comunismo teórico, que lo identifica con el gobierno y administración de todos los bienes y riquezas —no sólo los de la sociedad política— del pueblo y para el pueblo. En este sentido es interesante recordar un «slogan» de democracia que ha circulado entre los anglosajones, que dice: «Democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo.» Esta definición tiene un matiz demasiado político, y prescinde del matiz «sociológico» que en la que antes expusimos aparecía. Además, se diferencia esencialmente de la posición comunista en que, por una parte, esta última no se refiere exclusivamente al poder político, sino al económico, y, por otra, porque el comunismo no exige que el gobierno y administración se hagan «con el pueblo», sino que, al revés, prescinde de él por completo en su pretendida finalidad de mejor servirle.

En último término conviene señalar la diferencia entre el sentido anglosajón de la democracia y su sistema político, o, por lo menos, el de Inglaterra. Ambas cosas son completamente diferentes y hasta contrapuestas. No es momento de analizar a fondo este tema, que merecería por sí solo un largo estudio, pero sí puede hacerse notar que los ingleses de hoy creen que es la democracia lo que produce la estabilidad y equilibrio de su sistema político, y no se dan cuenta de que la causa de estos efectos está en la fuerza creadora de la tradición apoyada en un admirable sistema de justicia, su verdadera columna vertebral; y que la democracia —tal como de la propaganda hecha para otros países ha llegado al propio— es, en realidad, un principio interno de su disolución.

Londres, noviembre de 1950.

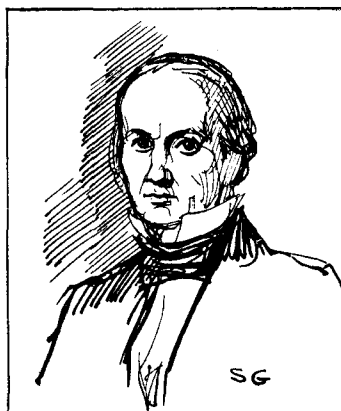
Ignacio Hernando de Larramendi



Lord Melbourne



Lord Palmerston



Gladstone



Disraeli

QUINCENA RELIGIOSA

LA ENCÍCLICA «HUMANI GENERIS» Y LA DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA ASUNCIÓN. Acaso se sorprenda el lector de que en una sección destinada a apostillar con brevedad suscita la actividad religiosa del momento tengan cabida hechos acaecidos con dos meses de antelación, como son la publicación de la encíclica «*Humani Generis*» y la solemne definición dogmática del Dogma de la Asunción de Nuestra Señora. Creemos sinceramente, no obstante, que la alusión, en la presente visión panorámica de la actualidad religiosa mundial, a semejantes hechos no envuelve ninguna contradicción. Se trata de hechos cuyo valor y trascendencia no reside en el aspecto anecdótico, que, a fuer de sucedidos, presentan, sino en ese otro, indudablemente mucho más importante, de reafirmación, en medio de las circunstancias actuales, de la única postura que cabe adoptar la Iglesia a lo largo de todos los siglos y en cualesquiera históricas coyunturas, consecuente con su carácter de Depositaria de la Verdad y de Maestra infalible de los hombres.

Los maravillosos adelantos de la técnica, con la consiguiente apertura de nuevos horizontes a la especulación científica y filosófica, y el hallazgo —bajo la depresión psíquica que producen las guerras, los odios y la subversión de los valores morales, característica de nuestros tiempos— de inéditos puntos de vista para el enjuiciamiento del hombre y el planteo de sus problemas fundamentales, no significan otros tantos pasos dados por aquél en el camino de una utópica, definitiva y salvadora liberación de toda exigencia dogmática. Al contrario. La fe, entendida como el «*obsequium rationabile*», de que habla el Apóstol, pero, asimismo, y en lo esencial, como necesidad de ajustarse al magisterio de la Iglesia, antorcha luminaria y garantía de acierto en la exploración y rastreo de todas las sendas que conducen al descubrimiento de la Verdad, constituye el presupuesto indispensable para que pueda el hombre aspirar al dictado de creyente. Esta verdad, si no cuenta para los no católicos más que como una muestra de las que llaman orgullosas pretensiones de la Iglesia Romana, tiene, en cambio, para algunos fieles, el sentido de una formal advertencia. He ahí la enseñanza que deriva de la encíclica «*Humani Generis*», aparte la que fluye de su doctrina intrínseca.

Pero hay que convenir forzosamente en que la desviación señalada por la encíclica «*Humani Generis*» viene a ser, en el orden científico, reflejo de un desconcierto de mente y corazón, palpable en todos los restantes órdenes de la vida. Aun los mismos que, dentro o no del redil de la Iglesia, se han podido creer aludidos, más o menos directamente, por la amonestación paternalmente bondadosa del Papa, son incapaces de substraerse a la impresión de angustia que por efecto del incierto y amenazador porvenir que se vislumbra flota hoy en el ambiente. La duda de si puede el hombre, con los medios de que en la actualidad dis-

pone, afrontar con éxito la pavorosa catástrofe de tiempo presentida, está viva y punzante en el ánimo de todos. En tal situación, el recurso a Dios brilla como el único faro de esperanza. Y es María la que quiso Dios fuera mediadora entre Él y los hombres, la Aurora matutina que ha de disipar las tinieblas de la moderna confusión. Esto, que sirve para mostrarnos el nexo de unión existente entre los dos acontecimientos que venimos comentando, explica, al propio tiempo, el doble júbilo que invade a todo el pueblo cristiano con ocasión del segundo de ellos, la solemne definición dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen María en cuerpo y alma a los Cielos.

Nada mejor que las palabras de Su Santidad, tomadas del discurso subsiguiente a la lectura de la fórmula de definición dogmática, para darnos a conocer la consoladora realidad de ese doble júbilo: el de los hijos que se recrean con la glorificación de su Madre y, a la vez, con la esperanza de los bienes que de tal glorificación han de seguirse para su ánimo atormentado. Dice el Papa: «*Conmovidos por la proclamación dogmática de la Asunción de la Bienaventurada Virgen en cuerpo y alma al cielo; exultantes por el gozo que inunda el corazón de todos los creyentes, colmados en sus fervientes deseos, sentimos irresistible necesidad de elevar junto con vosotros un himno de gracias a la amable providencia de Dios...*»

Y poco después expresa el segundo motivo de gozo del pueblo cristiano: «*Por inescrutable designio divino, sobre los hombres de la presente generación, tan trabajada y dolorida, desfallecida y engañada —mas, por otra parte, tan saludablemente inquieta por la búsqueda de un gran bien perdido—, se abre un luminoso jirón de cielo, centelleante de candor de esperanza, de vida bienaventurada, donde está sentada como Reina y Madre, junto al Sol de justicia, María.*»

Si persisten las tristes circunstancias, por lo que afecta a la situación global del mundo, en que se produjo la definición del Dogma de la Asunción, rememorar aquí el hecho de esa definición no equivale a citar algo extemporáneo, sino, antes bien, a refrescar uno de los motivos de más real y auténtica esperanza que en medio de aquéllas puede tener el cristiano.

EL ÚLTIMO PROCESO DE PRAGA. Los modernos perseguidores de la Iglesia saben de los efectos totalmente contrarios a los fines que persiguen del martirio de los fieles. De ahí su táctica encaminada, no a hacer mártires, sino a condenar a los posibles testigos del nombre de Cristo por causa de crímenes políticos que falsamente se les imputan.

El caso del Cardenal Midszensty ha barrido el telón que cubría la tramoya de los procesos montados al estilo soviético. Los principales ingredientes de la farsa son, de una parte, la connivencia de jueces, fiscales y defensores, y, de otra, el empleo de drogas y tormentos que anulan y destruyen la

voluntad del acusado. El proceso discurre entonces por los cauces de la más aparente normalidad hasta alcanzar la meta apetecida. Ejemplo reciente nos lo da el juicio habido últimamente contra nueve eclesiásticos de nota, entre los cuales se cuentan el Obispo Auxiliar de Olomuc, doctor Estanislao Zela, y el Abad del monasterio de Strahov. Las penas impuestas a esas dos personalidades del clero católico son 25 y 20 años de prisión, respectivamente.

Como ya es proverbial en procesos de esta índole, los acusados han acaudado como justa la sentencia del Tribunal. «*Reconozco plenamente mi culpabilidad —ha declarado uno de los nueve condenados—, por lo cual no tengo excusa.*» Y otro: «*Aceptaré con humildad la justa sentencia de este honorable Tribunal, como expresión verídica de la voluntad del pueblo trabajador y de Dios.*»

El Presidente del Tribunal afirmó que los crímenes cometidos por seis de los acusados eran suficientes para merecer, con justicia, la pena capital; «*no obstante —dijo—, siendo este Tribunal la voz del pueblo trabajador, entiendo que la República del pueblo democrático es bastante fuerte para no tener que imponer la última pena. Esta es la causa—añadió— por que seis de los acusados no han sido condenados a muerte.*»

CONGRESO INTERNACIONAL DE RELIGIOSOS PARA LA PUESTA AL DÍA. Del 26 de noviembre al 9 de diciembre han tenido lugar en Roma las sesiones de «*Il Primo Congresso internazionale di aggiornamento sugli stati di perfezione*». El significado de la palabra «*aggiornamento*» ha quedado claramente definido —si es que podía existir duda alguna acerca de él, presupuesto el concepto de la misión y de los fines de las Ordenes y Congregaciones religiosas en la organización de la Iglesia— a través del enunciado de los temas del Congreso y, principalmente, por las palabras de Su Santidad en el mensaje leído al comienzo de sus sesiones.

Dice el Papa en el documento salutarario: «*... Es conveniente que los ánimos se rehagan y reafirmen, con la ayuda del Espíritu Santo, de tal forma, que se pueda, en la medida de lo posible, hacer frente a los nuevos métodos de los tiempos y a la penuria espiritual de nuestros días.*»

«*Rehacerse a sí y sus cosas no es lo mismo que arrojar de sí o despreciar inconsideradamente todo lo preparado con laborioso esfuerzo por los mayores, lo cual debe estimar cada religión como honra y ornamento propio. Significa más bien no caer en la tibieza por medio de una vida floja; reproducir en sí mismo, con la conducta, las esclarecidas hazañas de los antepasados; alimentar sin desmayo la llama de la piedad; esforzarse con la intención y la práctica, cada uno, para que las leyes de su sagrado Instituto no aparezcan como un montón de reglas externas o inútiles, cuya letra, faltando el espíritu, mata, sino que sean otros*

tantos instrumentos de fuerza superior, con el uso de las cuales se anime al ideal de un ardor de santidad más elevado y pueda emplear, a ejemplo del Santo Apóstol Pablo, sus fuerzas en la obtención de la salud de los hermanos.»

De acuerdo con las directrices que emanan del documento pontificio se ha tratado, a lo largo de las distintas sesiones y en torno a las ponencias presentadas por religiosos de las diversas Ordenes y Congregaciones, «del modo de aplicar la renovación material y espiritual a los institutos femeninos de clausura», «de la pobreza religiosa», «de la puesta al día del estado de perfección en sus elementos específicos», «del problema de la naturaleza y de la gracia en el estado de perfección», «de la educación integral y armónica de los alumnos en los períodos de formación», «de la función, selección y formación técnica de los coadjutores», «de la relación jurídica, disciplinaria y práctica entre la vida religiosa y los ministerios parroquiales y misionales», «del apostolado seglar», etcétera». En la redacción de las po-

nencias y consiguientes discusiones han intervenido eminentes religiosos, como los PP. Lombardi, S. I.; Garrigou-Lagrange, O. P.; Antóñana, C. M. F.; Gemelli, O. F. M.; Boyer y Regatillo, S. I., etc.

EL AÑO SANTO Y LOS DISCURSOS Y DOCUMENTOS PONTIFICIOS. En alas de la prensa y de la radio, y tal vez, mejor todavía, en las del fervor emocionado de los millares de peregrinos que han acudido a Roma con motivo del Jubileo, se ha esparcido por todos los rincones del mundo el mensaje del Papa, que es lo mismo que decir la voz de Dios, que por medio del Año Santo llama una vez más a los hombres al gran retorno y al gran perdón. Es todo un código de la práctica de la vida cristiana el que Su Santidad ha ido desgranando en multitud de discursos y saluciones. Hoy son los empresarios y trabajadores de una determinada rama de la industria, mañana los tranviarios, o los hombres de ciencia, o los políticos, quienes reciben del Papa la lección magistral de cómo en su labor específica y diaria se esconde

un venero de medios inagotables para el cumplimiento de una función necesaria para el bien de la sociedad y fructífera para el provecho de sus almas. Al lado de estas alocuciones aparecen los discursos y las encíclicas, de resonancia mundial. En la imposibilidad de dedicar a cada uno de ellos el espacio que se merecen por su importancia, queremos aludir brevemente a la encíclica aparecida con ocasión de la festividad de la Inmaculada Concepción de María, y en la que el Papa encarece la realización de una magna Cruzada de Oraciones por la Paz, y, asimismo, al discurso a los Cardenales, Arzobispos y Obispos asistentes a la proclamación del Dogma asuncionista. Tres puntos resaltan en el texto del último, a saber, la necesidad de la austeridad en la vida del cristiano, la defensa del matrimonio y de la familia cristiana, como base y reducto de la sociedad, y la santidad y pureza sacerdotal. En el próximo número, CRISTIANIDAD dedicará al tema de la familia cristiana el oportuno comentario, glosando las palabras pontificias contenidas en el citado discurso.

C. F.

QUINCENA POLITICA

La actualidad política en las últimas semanas viene determinada esencialmente por la agravación de la guerra de Corea y sus repercusiones inmediatas en el mundo entero. En el día 12 de diciembre, para tomar una fecha inicial concreta, la situación político-militar era considerada de la siguiente manera:

El delegado del Líbano ante el Comité Político de la O. N. U. exponía su punto de vista con estas palabras: «La alianza entre la China comunista y la U. R. S. S. destruiría el mundo occidental y crearía los horrores más espantosos. Si la China comunista ha de seguir en íntima cooperación con la U. R. S. S., el equilibrio pacífico del mundo se verá alterado, pues los dos países, formando una unidad, constituirán, con el tiempo, una formidable fuerza que el mundo no ha visto jamás.»

Esta impresión la corroboraba, en cierto modo, el Jefe del Gobierno australiano en el discurso de clausura de la Conferencia de la mancomunidad británica: «La situación mundial es más grave de lo que la mayoría de la gente cree. Debemos estar preparados, porque no tenemos tiempo que perder.»

«Vista así, con crudo realismo, la situación política y militar de Corea —advertía el comentarista del *Diario de Barcelona*—, no se comprenden ciertas euforias. Todo son interrogantes angustiosos y no se vislumbra ninguna esperanza sonrosada. En el mejor de los casos se plantea la cuestión de saber si los comunistas chinos estarían dispuestos a concertar un alto el fuego y entablar negociaciones aceptables para aquellos países a cuyas fuerzas han atacado.»

Esta confianza era, al parecer, la del señor Attlee cuando, de regreso de su

viaje a América, manifestaba a los periodistas: «Abrigo una gran esperanza de que las fuerzas de las Naciones Unidas puedan permanecer en Corea», o declaraba ante la Cámara de los Comunes: «Coincidimos en que es necesario hacer todos los esfuerzos posibles para evitar la extensión del conflicto.»

Sobre el referido viaje del Primer Ministro Attlee a los Estados Unidos y su posterior regreso a Inglaterra, el cronista de *La Vanguardia Española* escribía: «A su regreso de Washington, al tomar tierra en el aeródromo londinense en que ha rendido viaje, Attlee ha sido muy aplaudido por la multitud que le esperaba. También Chamberlain fué ovacionado cuando, en vuelo también, regresó a su país después de Munich... Este paralelo, demasiado fácil para poder evitarlo, no sitúa necesariamente la misión del «premier» en los Estados Unidos como un hecho censurable. Porque, en primer término, existe una insoslayable realidad: la de que toda Europa confiaba y esperaba en la gestión británica del Presidente norteamericano.»

Pero, ¿qué piensa América? «Aquí —nos dice el corresponsal del *Diario de Barcelona*— se vivió en la falsa ilusión —cultivada desde el Poder— de que la Rusia comunista y la América capitalista podían convivir, no sólo en paz, sino en amistad, y por eso el despertar ha sido más duro y la reacción más violenta que en ninguna otra parte... Yo no he encontrado todavía a ningún norteamericano medio —ese «hombre de la calle» tan importante en la vida nacional— que haya entendido con un mínimo de precisión lo que quería Clement Attlee cuando vino a Washington la semana pasada... En mi opinión, esta simplicidad norteamer-

icana ante la crisis internacional es lo que hace imposible la menor concesión moral y política por parte de los Estados Unidos a la China comunista.»

«Aun en el mejor caso —apuntaba, por su parte, Augusto Assia—, suponiendo que pueda ponerse cortapisa a la guerra, Norteamérica nunca volverá a ser el país alegre y confiado del 24 de junio del año de gracia de 1950.»

Mientras tanto, la guerra prosigue en la península coreana con ritmo creciente. Un despacho del Cuartel General de Mac Arthur anunciaba: «Con las fuerzas mongoles de Caballería que se han unido a las fuerzas comunistas chinas en el norte de Corea, el total de las divisiones chinas asciende a 27, con más de 250.000 hombres.» Simultáneamente, el representante de la China comunista decía al delegado indio en Lake Success: «Desde luego que no queremos la guerra, pero nos encontramos con que las fuerzas norteamericanas y de las Naciones Unidas estaban empeñadas en operaciones militares cerca de nuestra frontera. Tal situación nos obligó a ir a la guerra.»

Esta actitud comunista ha causado cierta inquietud en varios países. Lo escribe concretamente de Bélgica el enviado especial de *La Vanguardia Española*: «Hoy, los políticos belgas serían los hombres más felices del planeta si no estuvieran preocupados por la crisis internacional... Stalin victorioso significaría el final de esta civilización moderna y simpática que se ha formado en estas tierras.»

Del 13 al 16 de diciembre

Comunican de Nueva York: «El corresponsal en Washington del *Christian Science Monitor* asegura que Attlee abandonó Washington confuso por

ACTUALIDAD

lo que él consideraba «intransigencia belicista» del secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson... Lo que quería Attlee —añade el periódico— es un acuerdo con la China comunista permitiendo que ésta entrase en las Naciones Unidas y poner así fin a la guerra de Corea.»

Por su parte, el comentarista de *La Vanguardia Española* escribía: «El primer ministro británico ha logrado dar a los Estados Unidos la sensación de que la Gran Bretaña sigue siendo un aliado fiel y seguro y que, en caso de máximo peligro, sean cualesquiera las divergencias anteriores, ingleses y norteamericanos lucharían hombro con hombro hasta la victoria final.»

¿Para cuándo este máximo peligro? «Podemos hacer planes para un período de paz —advertía el «New York Times»—, pero no tenemos esperanza segura de que sea por más tiempo de seis a ocho meses. Si fuera mayor, tanto mejor, pero no podemos malgastar un solo día en el período comprendido entre el día de hoy y el próximo verano.»

Radio Pekín hace públicas las condiciones de paz exigidas por los comunistas: Retirada de la O. N. U. y de los norteamericanos de Corea, y «cese por parte de las potencias occidentales de cualquier aumento de armamento y preparativos de guerra». Al mismo tiempo divulga una proclama a los comunistas chinos en Corea, en la que se dice: «Continuad avanzando para lograr la victoria total.»

Después de hablar con Truman, el Presidente del Comité de Servicios armados de la Cámara afirma que los planes defensivos no prevén una movilización total ni se basan en el supuesto de una guerra total inmediata. El general Marshall, por su parte, «cree que aun hay esperanzas de evitar una nueva guerra mundial, y por esta razón se opone a un programa de movilización inmediata en gran escala».

El gobernador de Nueva York, Dewey, pide, ante la gravedad de la situación, una «movilización económica y militar total, porque nuestro país se encuentra en un gran peligro inmediato. En todos los Estados Unidos hay solamente una división preparada para el combate, cosa insuficiente para defender una sola ciudad norteamericana».

Desde Seul dan cuenta de que las tropas comunistas han atravesado ya el paralelo 38, mientras altos funcionarios estadounidenses dicen haberse descubierto un levantamiento comunista en Siam «que podría desencadenar una conflagración general en el sureste de Asia».

Truman ha pronunciado su esperado discurso: «Voy a hablaros esta noche sobre lo que tiene ante sí el país y qué vamos a hacer sobre ello. Nuestras casas, nuestra nación, todas las cosas en que creemos, están en gran peligro. Este peligro ha sido creado por los gobernantes de la Unión Soviética». Más adelante ha añadido: «Aunque la situación actual es muy peligrosa, no creemos que la guerra sea inevitable. No hay conflicto entre los intereses legítimos del mundo libre y los de la Unión Soviética que no se puedan resolver por medios pacífi-

cos... Existe una guerra real en Extremo Oriente, pero Europa y el resto del mundo también están en gran peligro. La misma amenaza —la amenaza de la agresión comunista— amenaza a Europa, así como a Asia... En la actualidad, nuestra fuerza militar ha llegado a unos dos millones y medio (hombres y mujeres). Nuestra medida próxima será aumentar el número de hombres y mujeres en servicio activo hasta cerca de tres millones y medio... Nuestra libertad está en peligro... La libertad está en nuestras casas, en nuestras escuelas, en nuestras iglesias; está en nuestro trabajo, en nuestro gobierno y en el derecho a votar como nos parezca. Estas son las cosas que nos arrebatarían si el comunismo triunfara.»

Comentando el anterior discurso, Vichinsky ha declarado: «Estoy de acuerdo con el Presidente Truman en un punto: Que la guerra no es inevitable. Nuestra posición sobre el particular ya es conocida. Sólo quienes desean sacar algún provecho o aspiran a la dominación del mundo son partidarios de una guerra.»

Attlee insiste en sus puntos de vista en un radiomensaje: «Gran Bretaña cree que los comunistas en China tienen derecho a resolver sus asuntos. Pero lo mismo ocurre con los coreanos, los indochinos, los tibetanos y otros. Igualmente, los comunistas rusos pueden valerse por sí mismos en la Unión Soviética, pero Europa tiene que ser suficientemente fuerte para que no se nos imponga el comunismo.»

El Presidente de los Estados Unidos ha promulgado el estado de alarma. En uno de los considerandos de la proclama, tratando de justificar la excepcional medida, dice: «Considerando que, en el caso de que se lograra el propósito del imperialismo comunista, el pueblo de este país no gozaría por más tiempo de la plena y rica vida que, con la ayuda de Dios, ha logrado crearse para sí y para sus hijos; que no gozaría por más tiempo de la bendición que supone la libertad de obrar como cada cual entienda; la libertad de leer y escuchar lo que cada cual quiera; la libertad de palabra, incluso la de criticar al propio Gobierno; la libertad para elegir a quienes hayan de constituir su Gobierno; la libertad de actuar libremente en las actividades de negocios y otras muchas libertades y derechos que constituyen parte integrante de nuestra norma de vida...»

Del 17 al 21 de diciembre

En la primera sesión de la Conferencia de Bruselas, que reúne a los ministros de Defensa de los países firmantes del Pacto del Atlántico, el representante del general Marshall ha dado lectura a una declaración, en la que manifiesta: «Si el Gobierno, el Congreso y el pueblo norteamericanos han de apoyar la ayuda al esfuerzo defensivo de los países europeos, tienen que estar plenamente convencidos de que cada uno de estos países está haciendo todo lo que puede hacer.» Y el corresponsal del *Diario de Barcelona* en Washington subraya: «La impresión de que Europa es menos sensible al peligro, y el temor de que la presión diplomática de Moscú y las

mismas divisiones políticas norteamericanas contribuyan a la desgana desconfiada del Continente, pone en este momento un contrapunto de inquietud en la atmósfera de Washington.»

El delegado de la China comunista en la O. N. U. acusa a un «pequeño grupo de círculos gobernantes norteamericanos» de negarse a reconocer la República Popular china, mientras apoyan al grupo reaccionario de Chiang-Kai-Shek, «convirtiendo en enemigos a los 475 millones de habitantes de la República Popular china», para insistir después: «La gran unidad entre China y la Unión Soviética es incommovible.»

El Consejo del Atlántico del Norte pide que el general Eisenhower asuma el mando de todas las fuerzas armadas europeas. En el transcurso de la reunión, el Secretario de Estado norteamericano, Acheson, señala que los europeos «no estaban haciendo lo preciso para llegar a un estado de movilización parecido al existente en Norteamérica». El corresponsal del *Diario de Barcelona* en Washington destaca la importancia del nombramiento de Eisenhower, fijándose en que Washington «arranca al hombre de la rectoría de la Universidad de Columbia y le envía a Europa sabiendo que le envía a mandar un ejército que no existe, a edificar una confianza que no se ha producido y a acaudillar una cruzada por la que nadie siente el menor entusiasmo al norte de los Pirineos». Y el comentarista de *La Vanguardia Española* agrega por su cuenta: «Hay que esperar a ver la reacción rusa. Si Rusia deja que se constituyan unidades militares «atlánticas», si Eisenhower llega a tener bajo sus órdenes un verdadero ejército de cincuenta y cinco divisiones —cifra no excesiva, ciertamente, pero suficiente para contener los primeros golpes con éxito—, si alemanes y franceses vuelven a tener fuerzas armadas dignas de tal nombre y de la historia militar de ambos países, ¿qué posibilidades de acción en Europa le quedan al ejército rojo?»

Pero el aislacionismo apunta de nuevo en los Estados Unidos; y Augusto Assia opina que «si la designación del general Eisenhower para dirigir el ejército occidental no logra contener la oleada aislacionista, los Estados Unidos están abocados a encontrarse con un gran ejército y sin una política internacional».

El diario *Le Monde* informa que el Gobierno de la Corea del Norte ha declarado su intención de invadir la Corea meridional y arrojar de la misma a los norteamericanos. «Las unidades de voluntarios chinos —precisa— están siendo reforzadas y tomarán parte en la lucha.» A pesar de ello, algunas informaciones de Londres, y especialmente el periódico «Times», afirman que los comunistas chinos tienen la intención de crear una zona neutral al norte del paralelo 38. Entre tanto, el Gobierno de Seul ha publicado un plan para la evacuación de la capital y de otras regiones amenazadas.

Tal es el cuadro que presenta el mundo en vísperas de la fiesta del Nacimiento de nuestro Redentor. ¿Qué acontecimientos nos deparará el nuevo año próximo a comenzar?

J. O. C.

**Ha causado sensación
el número extraordinario que**

CRISTIANDAD

ha dedicado a festejar

La Proclamación Dogmática de la Asunción

**los calurosos elogios de la jerarquía eclesiástica y las impresiones
francamente favorables de sus apreciados lectores lo confirman.**

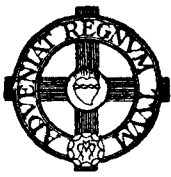
ICONOGRAFIA ESPAÑOLA DE LA ASUNCION

Magnífica serie compuesta de cinco fascículos de veinticuatro grabados
con las mejores obras de tema asuncionista.

Puede adquirir la serie completa en papel de hilo o en papel offset
dirigiéndose a la Administración de CRISTIANDAD.

Diputación, 302 - Teléfono 22 24 46

**PRECIO DE CADA FASCICULO: En papel de hilo. 375 Ptas.
En papel offset. 75 »**



Calendario del Corazón de Jesús

PARA 1951

EL MAS COMPLETO Y AMENO

Adquiéralo en las librerías

¿Recibes «ECOS DE LA CRUZADA»?

INTERNACIONAL DE ORACION Y PENITENCIA

(se seguirá publicando durante el año 1951)

Todo socio del Apostolado de la Oración debiera leerlo

SANTA MISION EN BARCELONA

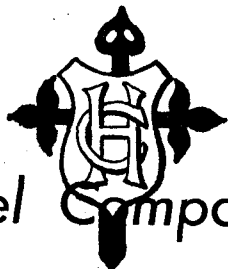
Católicos:

En el primer domingo de la próxima Cuaresma empezará en Barcelona, Badalona y Hospitalet la Santa Misión General.

Es un deber de todos asistir a la Misión
y trabajar todo lo posible para que asistan los demás.

*L*a Parroquia, con sus dependencias
Sociales, es el centro de la vida
católica.

V. H.



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

¡CATÓLICO!

¿Qué necesitas?
¿Qué información puedes aportar?

Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca, podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor al prójimo que nos mandó Jesucristo.

SERVICIO CATÓLICO DE INFORMACIÓN

(S. E. C. I. M.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Borja
Calle Roger de Lauria, núm. 15, principal - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde. Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias morales.

Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o privados así como a los dedicados empresas de sano esparcimiento, como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc., se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación para insertarlos en el boletín e informar personalmente a los consultantes.

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80, Apartado 8001.- Madrid.

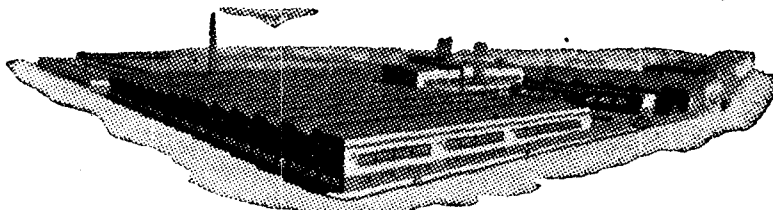
Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3, Madrid.

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

Solamente VENDEMOS TEJIDOS DE CALIDAD PAÑERIAS Leunidas

CADENA DE ESTABLECIMIENTOS DISTRIBUIDORES TEXTILES
Organización Comercial de Venta de la SOCIEDAD ANÓNIMA MARCET, de Sabadell



LA PRIMERA FÁBRICA DE ESPAÑA EN TEJIDOS DE ESTAMBRE PARA CABALLERO, FUNDADA EN 1870

MADRID
Puerta del Sol, 3
Av. José Antonio, 26

Agencias de venta
BARCELONA
Fontanello, 3
Pelayo, 50
Jaime I, 12
Mayor de Gracia, 76

LERIDA
Av. del Caudillo, 36

Fábrica
SABADELL - Carretera de RUBÍ

Nuestras telas son garantizadas pura lana, sin mezcla de fibras de rayón ni vegetales.

Descuentos especiales para la sastrería.

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en GIRONELLA

Salvador Fusté Teixidor



Despacho: Plaza Universidad, 8, Pral.
Teléfono 21 26 30
BARCELONA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL

J. GRENZNER MONTAGUT

INGENIERO

Construcciones Urbanas e Industriales
Obras Públicas

Ronda San Pedro, 27, 2.º, 4.º - Teléfono 21 20 58
BARCELONA

PADRO Y CASAS

FABRICA DE PAÑOS Y NOVEDADES

Despacho: Cruz, 31 y 33 - Fábrica: Cruz, 29
TELEFONO 1726
SABADELL

Puigmartí y Sanllehy

FABRICA DE NOVEDADES EN PAÑERIA SELECTA

Calvo Sotelo, 23 - **SABADELL** - Teléfono 2442

Metales Salvador Doménech

Orfebrería Religiosa, Campanas
Proyectos y Presupuestos

Tallers, 45 - **BARCELONA** - Tel. 21 63 06
(frente calle Jovellanos)

S. A. T. E. R.

S. A. TEJIDOS ENRIQUE ROCAMORA

*
Novedades para Señora
*

Cruz, 64
Teléfono 2123

SABADELL

**AULAS PARA
SEÑORITAS**

Diputación, 293

Academia Condal

Diputación, 291 y 293 - Teléfono 211688

**AULAS PARA
JOVENES**

Diputación, 291